JEAN-FRANÇOIS VAR

JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ
SU OBRA



SERIE NEGRA
[BIOGRAFÍAS]

masonica.es
EDICIONES DEL
ARTE REAL

ÍNDICE

Advertencia, 13
Introducción a la Doctrina del Régimen Escocés Rectificado, 15
Jean-Baptiste Willermoz y su obra, 57
Willermoz y los suyos, 61
La vida de Willermoz, 67
Willermoz mientras y después de la Revolución, 75
Willermoz antes de la Revolución. Su obra masónica, 83
1760-1767 La búsqueda de la verdad, 93
1767-1774 El descubrimiento de la verdad, 101
1774-1782 La encarnación o la puesta en práctica de la verdad, 111
El Régimen Escocés Rectificado, 121
Después de Wilhelmsbad, 131
¿Y actualmente?, 135
Conclusión, 139
Retractatio, 149
Anexo I - Una carta desconocida de Henri de Virieu, 151
Anexo II – Árbol genealógico de la familia Willermoz, 157
Bibliografía, 159

ADVERTENCIA

El presente texto: «Introducción a la Doctrina del Régimen Escocés Rectificado», en su primer estado era una conferencia que fue pronunciada en Bruselas en noviembre de 1992. Dicho texto fue puesto después al día, completado y corregido para que sirviera de prefacio a una edición completa de la *Instrucción particular y secreta a mi hijo...*, dicha en abreviado *Cahiers D,* que es mencionado *infra* página 5.

Como esta publicación no está todavía a punto, he decidido substituirla por una instrucción de mi cosecha que no ha sido hasta ahora publicada. Ella desarrolla exactamente los mismos temas que Willermoz: el estilo es otro pero el pensamiento es idéntico.

Así, esta edición española constituye un todo absolutamente original.

J.F.V.
Noviembre 2013

INTRODUCCIÓN A LA DOCTRINA DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

El Régimen Escocés Rectificado presenta una característica relevante, que lo distingue radicalmente de otros ritos y sistemas masónicos: posee en propiedad una *doctrina explícitamente formulada y metódicamente enseñada*. Esta doctrina, que se inscribe en el ámbito del esoterismo cristiano, es una *doctrina de la iniciación*; y su desconocimiento entraña fatalmente una incomprensión fundamental del mismo Régimen en su esencia, su manera de ser y operar, y en su constitución; en otros términos en lo que se podría denominar su espíritu, su alma y su cuerpo.

Este es, insisto en ello, un caso único en masonería. El Régimen Escocés Rectificado es el único rito masónico que dispensa a sus miembros una enseñanza teórica, en forma de discurso pedagógico, respecto a la iniciación.

Esta realidad es demasiado a menudo ignorada tanto por los masones rectificados como por aquellos que no

lo son; de ahí las confusiones y apreciaciones erróneas complacientemente expandidas al respecto.

Es en esto, y únicamente en esto, que el Régimen Escocés Rectificado, es un rito aparte, y no a causa de un carácter «confesional», algunos llegan incluso a decir «sectario», del que no tiene en absoluto la exclusiva, ya que no faltan en el mundo, otros sistemas masónicos cuyo acceso está reservado únicamente a cristianos, incluyendo la masonería anglosajona, a menudo presentada como el parangón del universalismo. El Régimen Escocés Rectificado es ciertamente un rito cristiano, sin lo cual dejaría de serlo, pero no es el único que se encuentra en este caso. En contrapartida es el único en *justificar esto en una doctrina*, mientras que para los otros, se trata simplemente de una realidad de hecho cuyo origen es histórico y sociológico.

En efecto, nadie puede contestar, que a lo largo de los siglos no haya habido masonería únicamente cristiana; y diciendo esto, no pienso solamente en la masonería operativa, sino también en la masonería simbólica o «especulativa», como se dice. Pero, en lo que concierne al Régimen Escocés Rectificado, no se trata solamente de una vinculación pretérita a una costumbre o una herencia cultural desvitalizada: es la coherencia misma de la doctrina de la que es depositario que se encuentra encausada. Quitarle su carácter cristiano sería en realidad, y en el sentido más exacto de la expresión, vaciarlo de substancia.

Que no se me haga decir lo que no he dicho. Lejos de mí la idea de pretender que la iniciación que el R.E.R. transmite sea metodológicamente diferente de la que transmiten otros ritos, en la medida que estos sean auténticos. En cambio, ésta iniciación toma una *forma* di-

ferente, porque posee un fondo diferente. Y evita tropezar con mentalidades débiles y tristes a las que nada complace más que la indistinción y la confusión de las formas, me atrevería a afirmar que ésta forma es la más adecuada, más conforme a la naturaleza propia, así pues al fondo mismo, de la civilización occidental que es la nuestra y que nos ha modelado, la cual, aunque en vías de subversión acelerada, es cristiana y continúa siéndolo. Judeocristiana, si se quiere, estoy de acuerdo en ello, pero este judaísmo en cuestión no se trata de un judaísmo bautizado.

Por el momento, es preciso detenernos un tanto en estas afirmaciones que acabo de proferir ya que este tipo de cosas son sutiles, y exigen, para ser captadas con exactitud y sin riesgo de error, de un una atención aguzada.

Ni que decir tiene, lo sabemos por lo demás desde los análisis de Guénon, que el proceso iniciático implica y comporta necesariamente en sí mismo una *doctrina*, pero no formulada porque es por naturaleza informulable por medio de las palabras. El ya mencionado Guénon, que ha escrito mucho al respecto, no deja de entremezclar sus palabras de advertencia y puesta en guardia, para poner de relieve el hecho que todas las expresiones, todas las fórmulas que se puedan emplear para tratar de la iniciación, son aproximativas e inapropiadas, no siendo más que transposiciones, por la buena razón que los conceptos de que disponemos son ellos mismos aproximativos e inapropiados, y no aptos para aprehender la realidad esencial de la iniciación, la cual escapa a los límites y condicionamientos del mundo físico en el que existimos: en una palabra la iniciación es *metafísica*.

Esta realidad esencial solo puede ser aprehendida por una captación directa del intelecto, que el proceso iniciático tiene por objeto provocar: es la *iluminación*. Y el conocimiento de orden absolutamente especial que de ello resulta, conocimiento pleno, que responde justamente al nombre de *gnosis*. Los medios para la adquisición de esta iluminación y esta gnosis son los símbolos y los ritos, los ritos siendo primeros y connaturales al Hombre, y a continuación portadores y vehículos de los símbolos puestos en acción. La doctrina intrínseca de la iniciación es pues alusiva, no formulada, y su lenguaje es el lenguaje simbólico, el cual reviste el carácter de una ciencia sagrada.

La operación espiritual que es la iluminación, término de la iniciación, solo puede tener lugar en el *silencio*, silencio de lo *mental*, el cual, como se sabe, es *mentiroso* (es por lo que, cuando la apertura de los trabajos, el Venerable Maestro prescribe «el más profundo silencio» a todos los obreros). De donde la actitud de aquellos que llamaré los puristas de la iniciación, que rechazan de las logias todo discurso para dejar operar únicamente a los ritos. Y, por supuesto, en el fondo, tienen razón. Ello no impide que esta actitud extrema, podríamos decir extremista, comporte graves inconvenientes, sobre los que volveremos.

Pienso que este recordatorio no enseñará nada a nadie. Por tanto será necesario decir para verlo claro que la doctrina de la iniciación tal cual es vehiculada por las enseñanzas de nuestro Régimen es de otro orden que a la que acabo de hacer referencia. No es la iniciación, podríamos decir, *hablando por sí misma mediante los símbolos*. Es un comentario explicativo de la iniciación y los símbolos, es un «discurso sobre»; en resumen, no

es la *gnosis*, es una *glosa*. Empleo aposta este término de glosa. Quisiera que nos imagináramos esas biblias medievales, a menudo soberbiamente iluminadas, en las que el texto de las santas Escrituras, caligrafiado en grandes letras ornadas, ocupa algunas columnas del centro de la página, y se encuentra rodeado, cercado, en todos los márgenes, por un bullicio de líneas minúsculas que constituyen el comentario del texto sagrado; y hay en ocasiones un comentario del comentario!... es lo que denominamos las apostillas.

Pero, podrán objetar, ¿para qué todos estos discursos parásitos, cuando disponemos del texto sagrado? Por una razón muy simple: porque los ojos del entendimiento habiéndose oscurecido progresivamente, es menester de ayudantías para hacer caer las escamas. En otros términos, hay que enderezar, «rectificar», la inteligencia, depurarla de manera a llevarla a su justo lugar y recrear así las condiciones indispensables para que la penetración del espíritu pueda operar. Es lo que explica Willermoz en un texto sobre el que volveremos. Guénon, por otra parte, no hace otra cosa, y por las mismas razones, que alinear comentarios, glosas.

Así pues, para resumirnos, tenemos una doble doctrina, a la vez intrínseca y extrínseca, que funciona a dos niveles: el de la *iniciación* y el de la *instrucción*, y que tiene por objeto una doble transmisión que se opera en paralelo: transmisión *ritual* y transmisión *intelectual*. Pero no es posible ninguna confusión: las dos no tienen un valor igual, no pueden rivalizar entre ellas. La instrucción no es más que un previo, sin duda necesario (y ello no por naturaleza sino a causa de las circunstancias: el debilitamiento y el oscurecimiento de nuestro entendimiento) a la actualización plenamente conscien-

te de la iniciación. En una palabra, es una propedéutica. Tal es el verdadero carácter de la doctrina del Régimen rectificado, ni más, ni menos.

Vayamos más lejos. Toda doctrina iniciática reposa necesariamente en una *historia* - y quiero poner de manifiesto hasta que punto este término de historia es apropiado, ya que *historia*, en griego, viene de *histos*, palabra que designa el oficio de tejer, el cual, en los Griegos, era vertical, es decir provisto de un eje vertical y un eje horizontal (el oficio de «alto lizo» entre nosotros): podemos ver las aplicaciones...

Toda doctrina iniciática, decía, implica una historia, ya que la iniciación se desarrolla necesariamente en el tiempo; no hay iniciación intemporal, ello sería una imposibilidad metafísica. Esta historia, según la doctrina común, la *vulgata*, expuesta por Guénon[1] de la manera que sabemos, es la de la manifestación, del descendimiento del Principio incondicionado en los condicionamientos temporales y espaciales, lo que se traduce por un alejamiento en relación a este Principio, una degradación progresiva y acelerada, que se llama la *involución*.

---

[1] ¿Por qué estas reiteradas referencias a Guénon? Porque no ha entendido nada del Rectificado, como lo demostró ampliamente Jean-Marc Vivenza, *René Guénon et le rite écossais rectifié, éclaircissement au sujet des méprises et des incompréhensions de Guénon et de ses disciples à l'égard de la doctrine des élus coëns, de l'Ordre des chevaliers bienfaisants de la Cité sainte et de la théosophie de Louis-Claude de Saint-Martin*, Livry-Gargan, Editions du Simorgh, 2007. Por este hecho, sus discípulos, incluso masones rectificados, no han querido tampoco comprender nada del rito que practicaban y lo han sesgado según la doctrina del «maestro». Hay que *rectificar* esto.

La historia que constituye la substancia de la doctrina del Rectificado es enteramente diferente. Es *la historia del Hombre* en relación a Dios y al universo, del Hombre *en sus relaciones con Dios* y, por vía de consecuencia, *en sus relaciones con el universo*. Se desprende de ella una historia de la iniciación, que no es solamente una descripción de ésta última, sino una explicación de su génesis, una elucidación de su razón de ser, una revelación de sus fines últimos, de manera a entrañar una comprensión de su modo de acción. Esta historia en modo pedagógico está destinada a provocar una *adhesión intelectual*, previa casi obligada, acabamos de verlo, a la realización de la *adhesión espiritual* que hace efectiva la iniciación.

Ahora bien, esta historia, es la historia de una *ruptura*: ruptura del hombre con Dios, de donde, en una cierta medida, del hombre con el universo. Es la historia de una *caída*, y no de un *decaimiento*; de una ruptura repentina y, como veremos, deliberada (incluso si no lo fue en toda consciencia); de una rebelión, y no de un descendimiento progresivo y fatal. Es también, digámoslo de entrada, la historia de una *reconciliación*. No es pues una historia linear. Hay un antes y un después; o más exactamente, un ayer, un hoy y un mañana. Un **ayer**: el Hombre con Dios, el Hombre en la contemplación permanente de la luz de la verdad. Un **hoy**: el Hombre caído, en ruptura con Dios, en «privación», como dice Willermoz a consecuencia de Martines de Pasqually, el Hombre en las tinieblas. Y un **mañana**: el Hombre reconciliado con Dios, porque ha llegado el tiempo de Dios con el hombre, de «Dios con nosotros», lo que se dice Emmánuel. Un mañana que es ya hoy.

según la palabra del Evangelio: «El tiempo vendrá, y ya ha llegado...».

Así pues, no solamente esta historia no es linear, sino que está llena de peripecias: cada etapa marca una ruptura con la etapa precedente. De ahí viene que sea una historia penosa, dolorosa, jalonada de sufrimientos que son otras tantas pruebas en sentido real, es decir puestas a prueba.

Hay que insistir en un aspecto: en el punto de partida de esta historia, hay la puesta en acción de una *voluntad libre*. Esta ruptura del hombre con Dios resulta de una libre elección, incluso si no era totalmente consciente de ello; no es fruto del fatal encadenamiento a una causalidad implacable, la manifestación que entrañaría ineluctablemente una pérdida de calidad, una degradación.

El factor desencadenante de la catástrofe es un acto cometido por el Primer Hombre en toda libertad, si acaso no en toda consciencia. Este acto no tiene nada de fatal, y hubiera podido ser absolutamente otro, ya que precisamente, era totalmente a otra cosa a lo que lo llamaba el Creador. En contrapartida, el «Hombre Primordial» de la doctrina guenoniana es casi un «ser de razón», una entidad conceptual y no real, y en todo caso no dotada de libertad.

Tenemos así entre manos una *historia humana* en contraposición a una historia *inhumana*, en sentido propio. La diferencia, como podemos ver, es considerable, y nos interesa directamente, queriendo decir que nos toca en lo más profundo de nosotros mismos: es una historia que *me* habla, que es la mía.

Este acto deliberado del Hombre libre entrañando la ruptura de las comunicaciones entre el cielo y la tierra,

y al mismo tiempo la esclavitud del Hombre, en contrapartida, para el restablecimiento de estas relaciones, la reapertura de los canales, y la liberación del Hombre exige también un acto deliberado, un de *reconciliación*, viniendo este acto de parte de un Hombre libre, el único Hombre que ha conservado la plena y total libertad de la que estaba dotado el Hombre original, y este Hombre Perfecto, este Hombre-Dios, es el Cristo.

No se insistirá nunca bastante sobre lo que constituye el carácter absolutamente único del Régimen Escocés Rectificado. No solamente, como ya he dicho más arriba, es el único rito masónico que desarrolla una doctrina explícita de la iniciación. Si no también y sobre todo el sistema que ha heredado de Martines de Pasqually gracias al genial trabajo de injerto operado por Jean-Baptiste Willermoz y que he analizado en mi estudio titulado *El Auge del Fénix* [2], es el primer sistema masónico cuya substancia iniciática, y por consecuencia el ritual iniciático, están enteramente fundamentados en: 1) la *caída* del hombre de su estado original glorioso, y 2) su retorno, su *reintegración* por medio de la iniciación a ese estado primitivo, al que la iniciación, para que pueda operarse, exige la intercesión y la acción del «Gran Reparador», que es el Cristo.

Nos ocupa pues un tema fundamentalmente cristiano, de una perfecta ortodoxia. Expresado en términos patrísticos, es el de la *imagen y semejanza*: la pérdida y luego la restauración en el hombre de la semejanza a la imagen, que por su parte, perdura inalterada. Es esto mismo lo que expresa la primera divisa del primer grado del Régimen Escocés Rectificado: «El

---

[2] *Travaux de la loge de recherche Villard de Honnecourt* de la

hombre es la imagen inmortal de Dios; pero ¿quién podrá reconocerla si el mismo la desfigura?»[3]

El objeto y el objetivo de la iniciación es pues el retorno de la deformidad a la conformidad, del estado caído al estado anterior a la caída. Esto queda claramente indicado desde el mismo título del Tratado en que es expuesta la doctrina de Martines de Pasqually, título que en su integridad, se lee así: *Tratado sobre la reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y poder espiritual divino*[4].

Es pues de una evidencia innegable que, entre lo que se ha venido a llamar la vulgata de la iniciación y el cuerpo de doctrina transmitido por nuestro Régimen, existe, no solamente una diferencia de *iluminación*, sino una diferencia de *substancia*. Si el Régimen es cristiano, no lo es por apego confesional, lo que por *necesidad iniciática*.

Y si bien —vuelvo todavía sobre el asunto para que no subsista ninguna ambigüedad sobre la que puedan sacar partido las susodichas mentalidades tristes— el proceso iniciático es idéntico en cuanto a su método en el Régimen Escocés Rectificado y en los otros ritos masónicos auténticos, y produce en todos efectos similares, sin embargo su substancia y su modo operatorio son otros, porque se inscribe en otra perspectiva, la del *esoterismo cristiano*, el cual es consubstancial, como la

---

[3] Grand Prieuré des Gaules, Ritual del grado de Aprendiz, Editions du Simorgh, 2004, p. 45.

[4] Hay dos ediciones críticas a cuidado de Robert Amadou: la primera en 1974 (Paris, Robert Dumas), la segunda en 1995 sobre un manuscrito de Louis-Claude de Saint-Martin (Le Tremblay, Diffusion rosicrucienne).

médula lo es al hueso, a la civilización occidental tradicional.

La historia de la que hablo, por su naturaleza misma, es ejemplar, o por tomar un término más contemporáneo, *arquetípico*. En virtud de la ley de correspondencias, existe una analogía absoluta entre el hombre, el pueblo judío en tanto que pueblo elegido, el templo de Salomón y finalmente la Orden masónica. Relatar la historia con sus peripecias, sus «revoluciones» como dice Willermoz, de uno de ellos, es relatar la historia con sus peripecias de cada uno de los otros. Aquí una vez más estamos en la línea auténtica de la tradición cristiana: los Padres de la Iglesia han afirmado siempre que la historia del pueblo de Israel es la historia *real* de la humanidad en su conjunto y de cada hombre tomado individualmente: de la tuya, de la mía...

Así pues, de la historia del hombre se desprende una historia de la iniciación. La iniciación original es el resultado de la caída del hombre. En un texto fundamental del que volveré a hablar más tarde, Willermoz escribe en preámbulo:

> Si el hombre se hubiera conservado en la pureza de su primer origen, la iniciación no hubiera tenido nunca lugar para él, y la verdad se ofrecería todavía a su mirada, puesto que ha nacido para contemplarla, y para rendirle un continuo homenaje. Pero después que descendiera desgraciadamente a una región opuesta a la luz, es la verdad misma que lo ha sometido al trabajo de la iniciación ocultándose a sus búsquedas.[5]

Antes de ir más lejos, quiero insistir sobre un punto

[5] Instrucción secreta a los Grandes Profesos, I, 1 (edición privada).

importante. La negligencia con la cual leemos los textos nos hace a menudo que los hagamos insípidos, los edulcoremos. Ahora bien, hay que ser bien conscientes que *la verdad* de la que aquí se trata no es una abstracción, no es una alegoría, no es incluso una personificación: es Dios mismo. Basta en efecto con trasladarse al capítulo 2 del Génesis para ver que el objeto de la «contemplación» y del «continuo homenaje» del Primer Hombre, de Adán, era Dios, con quien vivía en familiaridad; Dios que por su Verbo, que es su Hijo, ha declarado ser la Verdad misma, lo que recuerda en términos expresos nuestra plegaria de apertura en primer grado. Resulta pues de esto que la iniciación es de *institución divina* (manera de expresar con tanta justeza y fuerza el origen «no humano» que Guénon asignaba a la iniciación). Mejor que esto es una *obra divina*.

No puedo resistirme al deseo de citar aquí, un poco al margen de mis palabras (pero tampoco no tanto), un texto de Louis-Claude de Saint-Martin, en primer lugar porque es muy bueno, y después porque es muy poco conocido, habiendo sido publicado por primera vez en 1986. Se trata de un manuscrito titulado *Instrucciones sobre la Sabiduría*.

Es la Sabiduría que habla, y sabemos *Quién* representa la Sabiduría en la tradición litúrgica, himnográfica y teológica de la Iglesia cristiana, sobre la base del Libro de la Sabiduría (7, 25) y del Libro de los Proverbios (8, 22 y siguientes), que ponen en escena esta Sabiduría (esta Sofía querida de Jacob Böhme, pero también de la tradición ortodoxa: Boulgakov...)

La Sabiduría, pues, se expresa en persona, y después de haber recordado al hombre como se entregó libre-

mente a la empresa del Tentador, se dirige a éste en estos términos:

> Llora, hombre; déjate llevar por la amargura, aprende en el estremecimiento de tu dolor lo que debes a mi justicia; aprende a juzgar tu crimen por el género de tu castigo, ya que es una de mis leyes el que seas atormentado por el mismo aspecto con el que has pecado, a fin que tu falta no deje de estar ante tu ojos. Acuérdate cada día de tú vida lo que te cuesta obtener algunos de mis rayos de luz, y verás hasta donde llevo la venganza contra aquel que me ultraja. Tú habitabas una morada de paz y claridad, tú te has sumergido en un precipicio de confusión y tinieblas; ti vivías, tú te has degradado hasta excavar tu propia tumba; tú eras maestro, estando formado a imagen mía, tú te has convertido en esclavo de esclavos, el desperdicio de la tierra y los cielos; no hay tormento ni persecución que no hayas de sufrir por parte de tu enemigo puesto que has dejado que tome imperio sobre ti. No hay nada que no emplee para devorar hasta los menores rastros de verdad que te quedan; no está contento con haberte entrañado en su morada tenebrosa, quisiera además fijarte en ella para siempre.
>
> Pero, hombre, como has sido siempre el objeto de mi amor, no he quitado nunca los ojos de encima de ti; te he castigado como a hijo mío, a fin de que, en la medida que pruebes mi justicia, sientas todavía más mi misericordia, y que finalmente, reconociendo la grandeza de mi nombre, te humilles ante mí y vuelvas a mi seno. Su hubiera querido perderte, te hubiera separado completamente de mí como he separado a aquel que te ha hecho prevaricar. Al contrario, he querido darte toda la ventaja en el combate, te he armado poderosamente contra tu enemigo, he repartido abundantemente en

torno tuyo las pruebas de mi poder, para comprometerte mediante señales sensibles a dirigir solamente tus homenajes a mí, como siendo el único a que son debidos, y que pueda recompensarte. ¡Oh!, hijo mío, hasta dónde llevarás la ceguera y al insensibilidad; hasta cuándo olvidarás lo que he hecho todos los días por ti! Mis más grandes maravillas apenas te ocupan, mis plagas no te espantan, mi voz de trueno no te sobresalta, mis leyes escritas por todas partes en caracteres inefables no te imprimen, por qué pues habré puesto mi sello en tu corazón?

No, no quiero que te mantengas más tiempo alejado de mí, quiero preservarte de este estado de muerte en que te hundes a cada instante; quiero enseñarte a observar mis obras; quiero que reconozcas mi verdad en todos tu pasos; entonces no dudarás a tomarme por guía, y tu alma reconocerá que no puede ser firme e inquebrantable sino es viviendo eternamente según mi ley.[6]

Con este texto lírico, no hago novillos: es el mismo tema que Saint-Martin y Willermoz tratan, cada uno a su manera, pero en perfecta fidelidad, hasta en la terminología empleada, con las enseñanzas de su común maestro Martines de Pasqually. Incluso si el término no es aquí mencionado, es claramente de la iniciación de lo que se trata, la iniciación que figura entre los «socorros divinos» procurados por el Creador en favor del hombre que se ha apartado de él, a fin de impedirle alejarse irremediablemente. La distancia entre el estado primitivo glorioso y el estado presente tenebroso del hombre es hasta tal punto inconmensurable, que solo puede ser

[6] In *Présence de Louis-Claude de Saint-Martin*, por la Société ligérienne de philosophie, Tours, l'Autre Rive, 1986.

franqueada por la iniciación, este lazo de oro urdido por la Sabiduría en su infinita misericordia, lazo que proviene de ella y lleva a ella, el único que mantiene sujeto todavía el hombre a su origen y puede permitirle volver a él; de retornar a Dios con la ayuda (esta precisión es de talla); o más bien, para ser precisos, con el socorro de Aquel que el texto de Willermoz al que ya he hecho alusión más arriba denomina (como Martines) el «Reparador», y también el «Reconciliador universal» y el «Divino Mediador»: el Cristo[7]. Ya que está fuera de toda duda, que sin la acción de Cristo, la iniciación es inoperante. Tal es la iniciación en su esencia original, podríamos decir la iniciación en sí. Las iniciaciones históricas constituyen las modalidades de su puesta en práctica.

La historia de la iniciación y la de la enseñanza de las doctrinas tradicionales son pues una única y misma cosa. Cito todavía a Willermoz:

> «Esta primera iniciación, fundamentada en la degradación del hombre y exigida por la naturaleza misma, fue el modelo y la regla de la que establecieron los antiguos Sabios. La Ciencia de las que eran depositarios era de un orden muy superior a los conocimientos naturales, no pudiendo desvelarla al hombre profano que después de haberlo fortalecido en la vía de la inteligencia y la virtud.
>
> Es con este propósito que sometieron a sus discípulos a pruebas rigurosas y que se aseguraron de su constancia y su amor por la verdad ofreciendo solamente a su inteligencia jeroglíficos o emblemas [8] difíciles de pene-

[7] Instrucción secreta, op. cit., I, 45 a 47.
[8] En el sentido de: símbolos.

trar. He aquí lo que se ha querido haceros figurar, mi querido Hermano, en los grados de la masonería, por los trabajos alegóricos que se ha exigido de vos.[9]

Y más adelante:

Esta doctrina habiendo sido siempre la base de las iniciaciones, los Sabios que estaban perfectamente instruidos de ella, tuvieron gran cuidado de enseñarla a sus discípulos, como podemos convencernos por la multitud de lustraciones y purificaciones de todo género que exigían de los iniciados; y solo después de haberlos preparado así les descubrieron la única ruta que puede conducir al hombre a su estado primitivo y restablecerlo en los derechos perdidos. He aquí, mi querido Hermano, el verdadero y único objetivo de las iniciaciones. Tal es esta ciencia misteriosa y sagrada cuyo conocimiento es un crimen para aquellos que descuidan hacer uso de ella, y que extravía a aquellos que no estén elevados por encima de las cosas sensibles.[10]

En efecto, el decaimiento es contagioso: en el curso de los tiempos, las enseñanzas tradicionales recularon y corrieron el riesgo de desaparecer ante el maremoto de lo que Willermoz denomina las «doctrinas impías» y cuya descripción que nos ofrece permite reconocerlas —y realmente, nada cambia!— como el ateísmo, el materialismo y el sensualismo[11].

---

[9] Ibid. I, 3.

[10] Ibid. I, 9.

[11] Recordemos que el sensualismo es una doctrina filosófica que no atribuye ninguna realidad a las ideas, sino únicamente a las sensaciones, a los «gozos y percepciones sensibles», como dice Willermoz.

De donde la imperiosa necesidad, primero de proteger estas enseñanzas, de ponerlas al abrigo, «a cubierto», y a continuación de dispensarlas con la más extrema prudencia, es decir únicamente a aquellos que son aptos para recibirla (que tienen la «cualificación» requerida) y esto gradualmente, progresivamente.

Ya que demasiada luz repentinamente desvelada no ilumina, antes al contrario, deslumbra y ciega. Para conducir al hombre por el camino que lleva a la luz, hay que darle un guía. Un guía: es la significación misma de la palabra pedagogo, que en su sentido primero, designa a aquel que tiene a su cargo llevar los niños a la escuela... Y ahí está la justificación del método pedagógico puesto en práctica por Willermoz a lo largo del recorrido seguido en el seno del Régimen Escocés Rectificado.

Continuemos pues dejándonos guiar por él. Resumamos así su pensamiento: la iniciación, en la forma, la modalidad que ha tomado en el tiempo presente, es masónica, y proviene del templo de Salomón. Digamos que está ordenada, en un objetivo de conocimiento, en torno a la construcción y organización del templo.

En efecto:

> Los Sabios, fieles a la doctrina de los primeros tiempos, [la han] preservado del olvido general conservándola por medio de las iniciaciones. Pero, respetando el velo con que la verdad misma se envuelve, solo la presentaron que por medio de emblemas y jeroglíficos, para no exponerla al desdeño o profanación de los hombres ignorantes y perversos. Es así que en un templo célebre en el que todas las partes, desde el porche hasta el Santuario, estarían repletas de iniciados de diversos rangos y funciones, han presentado al hombre de deseo un

cuadro del Universo y de los agentes encargados de dirigirlo.[12]

Y es de esta «iniciación del templo» que «proviene» la francmasonería.

Esta iniciación, y la enseñanza que se aplica, son pues conferidas por etapas. He hablado más arriba de una doble transmisión: ritual e intelectual. Sin embargo el paralelismo no va sino hasta un cierto punto. En el Régimen que es el nuestro, la iniciación masónica (y volvamos a decir, que en la idea de Willermoz, no hay otra iniciación que la masónica) se confiere en cuatro grados: en el cuarto, ella es acabada, completada. En cambio, la enseñanza prodigada al respecto de esta misma iniciación continúa mucho más allá.

¿Cómo conciliar esto con lo que he afirmado poco más arriba, que la instrucción, en relación a la iniciación, tenía un carácter previo, que era una propedéutica? Si ello es cierto, ¿cómo puede proseguir posteriormente al cumplimiento de los ritos? ¿Cómo explicar tal paradoja?

Para lograrlo, deberemos escrutar la naturaleza de la enseñanza dispensada, dicho de otra manera la naturaleza de la doctrina enseñada en las diferentes «clases», como dice Willermoz (no escapamos a la terminología pedagógica) que, según su concepción, constituyen el Régimen Escocés Rectificado. Esta concepción es conocida, Willermoz mismo la ha expuesto con la mayor nitidez en el Convento de Wilhelmsbad en el transcurso de una intervención de importancia capital, pronunciada el 29 de julio de 1782, y que yo publiqué por primera

[12] Ibid. I, 12.

vez en los Cahiers Verts[13]. A ella os remito así como a mi estudio El Auge del Fénix, ya citado.

Recordaré pues simplemente, que según Willermoz, el Régimen, constituido de acuerdo a una estructura concéntrica, y no piramidal contrariamente a otros sistemas masónicos, debe comportar tres clases encajando una en la otra; y he empleado al respecto la imagen de las muñecas nido. Dos de estas clases son «ostensibles»:

La «clase simbólica» u «Orden masónica» (estas son las dos expresiones que emplea) con sus cuatro grados de Aprendiz, Compañero, Maestro y Maestro Escocés;

Una segunda clase, la Orden Interior, de nombre suficientemente explícito, con sus dos grados (Willermoz los llama así) de Escudero Novicio y de Caballero.

Viene finalmente, más interior todavía, una tercera y última clase, secreta ésta: la Gran Profesión, sobre la que se muestra muy evasivo en público, insistiendo únicamente pero con firmeza sobre su necesidad, pero mostrándose por el contrario mucho más prolijo en su correspondencia confidencial con personas de confianza.

Se nos puede reprochar quizás que el Convento de Wilhelmsbad no ha dado nunca su aval a esta tercera clase, lo que por otra parte no le ha impedido en absoluto existir e incluso, en algunos lugares, como en Alemania, sobrevivir al naufragio el Régimen Escocés Rectificado, como lo atestigua el caso de Johann-Friedrich

---

[13] *Les Cahiers Verts* (abreviado en CV), órgano del Gran Priorato de las Galias, Antigua sèrie nº 7, p.p. XXI-LII, y nº 8, pp. 37-55; publicado de nuevo en el *Cahier Vert* número Hors Série *Les Convents du Régime Écossais Rectifié*, Editions du Simorgh, 2005.

von Meyer[14]. Pero los avatares históricos no deben obnubilarnos. Es indispensable, si se quiere comprender en qué consistió la obra masónica de Willermoz, el no perder nunca de vista que el edificio que ha concebido, y que no lo olvidemos, ha realizado efectivamente en Francia, es tripartito, y que de las tres clases que lo componen, la más esencial —toda su acción, todos sus escritos, antes y después de Wilhelmsbad lo demuestran abundantemente— es la Gran Profesión.

Retomemos pues estas tres clases una tras otra y veámoslas más de cerca. Tenemos todas las probabilidades que terminemos por ver más claro.

Tratándose de la primera clase, parecería lógico que la instrucción que acompaña la marcha de la iniciación a lo largo de los cuatro grados simbólicos tenga su fin con el cuarto. En efecto, no solamente los símbolos «cesan», «desaparecen», como el Diputado Maestro advierte al candidato en diversas ocasiones en el curso de la ceremonia, sino que además le anuncia que su iniciación masónica queda en lo sucesivo acabada y completada. En este mismo sentido, antes de dar la palabra al orador para hacer la lectura de lo que el Ritual llama «la instrucción general y final del grado», el Diputado Maestro declara al nuevo Maestro Escocés:

> Prestad gran atención a la última instrucción que va a seros dada. Con ella terminará vuestra recepción e igualmente vuestra iniciación masónica.[15]

---

[14] *Cf.* VdH, nº 19, op. cit. págs. 216-217 y nota 62.

[15] Ritual de Maestro Escocés del Gran Priorato de las Galias, 1997, p. 55. [Ritual G.P.D.H. pág. 84].

Y un poco más tarde, en el curso de esta misma instrucción, después de una revisión retrospectiva de los tres grados precedentes, es repetido:

> El cuarto grado, del que vamos a ocuparnos, **completa y termina vuestra iniciación masónica** en la clase simbólica.[16]

Ahora bien es importante observar, contrariamente a toda expectativa, que si la iniciación masónica queda completada en el cuarto grado, la instrucción masónica sin embargo no lo es; antes al contrario, da una sensación de inacabada que diversas intervenciones del Diputado Maestro contribuyen a reforzar.

Así, al presentar el cuarto y último tablero al candidato, le dice:

> Los símbolos han desaparecido, como se os había anunciado. Es la verdad misma la que se ofrece ante vuestros ojos...

Pero es para añadir de manera inmediata esta importante restricción:

> ...aunque aun ligeramente velada bajo formas alegóricas.

---

[16] *Ibid.* pág. 61 [Ritual G.P.D.H. pág. 90. Dicho sea de paso, esto demuestra el error flagrante que se encuentra, ¡ay!, en ciertas obediencias, y que consiste en hacer como, si en el Régimen Escocés Rectificado, el proceso iniciático se concluye con el grado de Maestro. Sin el grado de Maestro Escocés, este proceso queda por el contrario inacabado e incompleto. He aquí porque voy a la caza del uso equivocado de la expresión «*sublime* grado de Maestro» que implica que este grado es *último*. Ello constituye por otra parte una intoxicación extraña: en este caso de la práctica inglesa.

¿Y después? Pues bien, a continuación, nada más. Han leído bien, al final de la ceremonia de armamento de un nuevo Caballero una «instrucción» que es un soberbio pedazo de elocuencia pero que no deja de ser una amplificación, ciertamente notable, de la instrucción de Escudero Novicio. La única doctrina proclamada, y exigida de los Caballeros, es la de la fe cristiana tal cual es enseñada por la Iglesia. Mucho más, el Caballero ya no es más invitado a intensificar sus búsquedas, a proseguir sus «reflexiones» y sus «meditaciones» como había sido aconsejado el Maestro Escocés. Por el contrario se le asigna por deber, ya no meditar, sino actuar: actuar al servicio de Dios y del amor al prójimo; a defender la santa religión cristiana esencialmente con el ejemplo, es decir, mediante el ejercicio constante de todas las virtudes cristianas, y a practicar la beneficencia en el sentido más amplio hacia toda la familia humana, conformándose a «un principio de amor y de caridad»[23]. De conocimiento, ni se habla, solamente de acción; se advierte incluso con gravedad que «la impasibilidad es culpable».[24]

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué las revelaciones ahorradas quedan indefinidamente aplazadas? ¿Qué aquellos que esperan «conocimientos de un orden diferente»[25], nuevas aclaraciones doctrinales, explicaciones más completas y más profundizadas, van a quedar insatisfechos? ¿Qué las expectativas alimentadas por el *Meliora praesumo* no eran más que una ilusoria presunción...?

---

[23] Gran Priorato de las Galias, Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, Armamento de los C.B.C.S., Cannes, Éditions du Simorgh, 2007, p. 99. [Ritual G.P.D.H. pág. 62].
[24] *Ibid.*, p. 103. [Ritual G.P.D.H. pág. 68].
[25] Ritual de Escudero Novicio, p. 1. [Ritual G.P.D.H. pág. 66].

En apariencia, sí. E incluso en realidad para muchos. Pero no para todos. Ya que viene entonces la Gran Profesión. Y ésta, a la que Willermoz provee de todos los documentos a este efecto exclusivo, tiene por único objeto revelar finalmente la verdad, toda la verdad, sobre la francmasonería —pero solamente a aquellos que se han mostrado dignos de ello; y de enseñarles sin reticencias la naturaleza real y esencial de la iniciación que han recibido.

Es lo que marca el artículo primero de la Gran Profesión, que dispone:

> Artículo primero: La Gran Profesión de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa es el acto por el cual los Caballeros y los Hermanos de las clases inferiores de dicha Orden que sean encontrados dignos, serán iniciados, después de las pruebas requeridas, en el conocimiento de los Misterios de la antigua y primitiva Masonería, y son reconocidos como aptos para recibir la explicación y desarrollo final de los emblemas, símbolos y alegorías masónicos.[26]

De este modo queda concluida, al término de esta larga espera que revela así su naturaleza de puesta a prueba, de probación, no de la iniciación masónica, que lo repito, queda completada en el cuarto grado, sino de la instrucción masónica, o si se prefiere, la enseñanza doctrinal e iniciática.

Y la Instrucción secreta a los Grandes Profesos (puesto que hay que terminar llamándola por su nombre) de proceder a una nueva y última vez a una revisión y explicación recapitulativa y retrospectiva de los cuatro

[26] *Documents martinistes*, N° 2, p. 37.

grados masónicos más completa todavía que la del cuarto grado. ¿Por qué esto? ¿por qué esta aparente repetición inútil?

Responder a esta cuestión, es responder al mismo tiempo a esta otra cuestión, que viene de improviso a la mente: ¿por qué esta aparente incoherencia consistente en dejar la masonería por la caballería después del cuarto grado para volver después sobre él? ¿Por qué interrumpir y suspender la enseñanza para retomarla más tarde después de un tan largo intervalo? ¿No hubiera sido más lógico agotar, por así decirlo, el tema de la masonería para no tener que volver sobre ella más tarde? Y esto, sin hablar de la paradoja que he señalado anteriormente y que no ha sido dilucidada, a saber, que la enseñanza, que en principio precede y prepara a la iniciación para la que está destinada (cito mis palabras iniciales) «a provocar una adhesión intelectual, previa obligada a la adhesión espiritual que hace efectiva la iniciación»; esta enseñanza, digo, no es dispensada de manera íntegra y sin restricción sino mucho después que la iniciación ha sido conferida en plenitud.

La respuesta a todas estas preguntas es simple; es porque esta enseñanza cambia de naturaleza. De ser simplemente moral, se convierte aquí realmente en iniciática, es decir metafísica.

Pero antes de llegar a este importante punto, creo necesario hacer una puesta a punto. Es inexacto considerar que entrando en la Orden interior se deja la masonería por la caballería. Se entra al contrario en el corazón de la masonería. La denominación auténtica de la

Orden es en efecto: Orden Bienhechora de los Caballeros Masones de la Ciudad Santa.[27]

Para convencerse que la enseñanza dispensada en los grados simbólicos es moral, y así mismo simbólica — pero la historia, cuando es significante, pertenece al ámbito moral— es suficiente con leer los rituales. ¿Qué presentan al Aprendiz, al Compañero, al Maestro, e incluso al Maestro escocés? Instrucciones morales, una regla masónica, explicaciones, tendentes todas a inculcar una conducta moral y religiosa, incitando a la práctica de las virtudes, y singularmente al ejercicio de la piedad y la beneficencia. Estas advertencias multiplicadas y reiteradas a lo largo de los grados simbólicos y que el ritual de cuarto grado denomina en distintos lugares «consejos», «exhortaciones», «instrucciones»[28] y por otra parte «opiniones, consejos y máximas» tienen solamente alcance moral. Je aquí, por ejemplo, un extracto significativo de la instrucción final del cuarto grado:

> Los tres primeros grados os han presentado, bajo el velo de símbolos, emblemas y alegorías, una visión abreviada del pasado, del presente y del porvenir. Con la ayuda de las advertencias, consejos y máximas que habéis recibido, habréis podido percibir, sin grandes esfuerzos, que el hombre **moral e intelectual** es en ellos el principal, o mejor dicho, el único objeto.[29]

---

[27] Esta Caballería es masónica, no *in substantia*, sino porque ella es conferida únicamente a masones que su entrada en la Orden insta a practicar «las virtudes de las que han jurado dar ejemplo».

[28] Loc. cit., p. 33.

[29] *Ibid.*, p. 57. [Ritual G.P.D.H. pág. 86].

En resumen, en estos grados, y esto vale también para el cuarto, la instrucción simbólica es una instrucción moral, no es otra cosa.

Willermoz es por otra parte sumamente claro al respecto, en su intervención en el Convento de Wilhelmsbad que ya he mencionado, al asignar a la primera clase como «único objetivo **el estudio y la práctica de las virtudes morales, sociales, religiosas y patrióticas**, y de una beneficencia activa que la haga útil a la Orden, a las diversas sociedades e individuos que la componen, y a la humanidad en general».[30] Y vuelve sobre ello en diversas ocasiones.

De una manera estrictamente paralela, la instrucción final ya citada, afirma:

> Nuestras Logias son en todas partes **escuelas de moral** religiosa, social y patriótica, en las que se aprende a ejercer la beneficencia en toda su extensión.[31]

Conviene señalar que en esta materia las logias rectificadas no se desmarcan de las logias de otros ritos, y Willermoz tenía tanta consciencia de ello, que en la misma intervención, citaba como cumpliendo el mismo objetivo moral a los grados practicados «por las Grandes Logias Nacionales de Berlín, Suecia, Inglaterra y diversas regiones de Alemania».[32] Ello es particularmente flagrante en las logias del Rito de Emulación, donde se enseña que la «práctica de todas las virtudes morales y sociales» es la base sobre la que está fundamentada la francmasonería. Y cada uno conoce la definición ritual: «¿Qué es la francmasonería? Un sistema

---

[30] VdH, nº 19, p. 208; CV, nº 8, pp. 45-46; CV, nº Hors Série, p. 76.
[31] Ritual M.E.S.A., p. 68. [Ritual G.P.D.H. pág. 97].
[32] CV, nº 8, p. 47.

particular de moral enseñado bajo el velo de las alegorías por medio de los símbolos.»

Por tanto, una tal fórmula, Willermoz no hubiera podido suscribirla. A no ser que le añadiera dos palabras: «en apariencia». «¿Qué es la francmasonería? **En apariencia**, un sistema particular de moral, etc...»

Willermoz se explica sin ambages, incluso crudamente, en la Instrucción secreta a los Grandes Profesos; el pasaje merece la pena ser citado:

> La masonería fundamental **tiene un objetivo universal, que la moral sola no podría cumplir.** La práctica de la sana moral y los deberes sociales son en realidad el **objetivo aparente** de los grados, pero estas virtudes no pueden ser el objetivo real. ¿Para qué habría necesidad entonces de emblemas, misterios y de la iniciación? Su objetivo es iluminar al hombre sobre su naturaleza, su origen y su destino.[33]

De hecho, ¿para qué la práctica moral necesitaría de los símbolos y de la iniciación? El argumento es imparable.

A esta declaración hace eco, o más bien pre-eco, este pasaje de la instrucción final del cuarto grado, pasaje que resulta a menudo desapercibido pero que toma ahora todo su sentido, cuando el Diputado Maestro previene así al nuevo Maestro Escocés:

> **Si lo meditáis**, caeréis en la cuenta de que la Francmasonería os presenta todas éstas útiles instrucciones. Os recuerda sin cesar y mediante toda suerte de medios **vuestra propia naturaleza esencial**. Busca constantemente elegir las ocasiones para daros a cono-

[33] Loc. cit., IV, 36.

cer el origen del hombre, su destino primero, su posterior caída, los males que le siguieron y los recursos que le ha proporcionado la bondad divina para que triunfe.[34]

Se entrevé aquí y se la ve perfilarse, de manera furtiva, alusivamente, pero muy reconocible, la doctrina esotérica y metafísica de la iniciación que he expuesto por anticipación para la claridad de mis palabras, y que va a constituir la materia, más tarde, mucho más tarde, de la Gran Profesión.

Y es que en efecto el cuarto grado es un grado terminal, sin duda, pero también un grado preparatorio, y no tanto a la Orden interior, como a la clase de los Grandes Profesos. Un grado, que según el mismo Willermoz, como decía en su intervención en Wilhelmsbad, «aunque simbólico, **comenzaría a desarrollar un tanto el sentido particular** que fuera convenido para cada uno de los tres primeros»[35], es decir, lo que la Instrucción secreta, que no tiene que estar pendiente de estas precauciones del lenguaje, viene a denominar «el verdadero sentido de los emblemas y alegorías masónicas».[36] Su sentido es esotérico y no ya únicamente moral. Tal es, según yo lo entiendo, la significación verdadera del *Meliora Praesumo.*

Y la doctrina así enseñada no es solamente especulativa, ella es también operatoria y activa. En una carta treinta años posterior (mayo de 1812), Willermoz declarará:

---

[34] Ritual M.E.S.A., p. 57. [Ritual G.P.D.H. pág. 86].

[35] CV, nº 8, pp. 45-46; CV, nº hors série, p. 76; y VdH, nº 19, p. 208.

[36] Instrucción secreta, IV, 33.

> La iniciación de los G.P. [Grandes Profesos] instruye al Masón probado, al hombre de deseo, sobre el origen y formación del universo físico, sobre su destino y la causa ocasional de su creación en tal momento y no en otro; de la emanación y emancipación del hombre en una forma gloriosa, y de su sublime destino en el centro de las cosas creadas; sobre su prevaricación, su caída, sobre el beneficio y absoluta necesidad de la encarnación del Verbo mismo para la redención, etc. Todas estas cosas, de las que deriva un sentimiento profundo de amor y confianza, de temor y respeto, y vivo reconocimiento de la criatura hacia su Creador, han sido perfectamente conocidas por los jefes de la Iglesia durante los cuatro o seis primeros siglos del cristianismo.[37]

Así, conocimiento verdadero y culto verdadero van de la mano, manifestando por ello que el hombre en quien la iniciación opera toma el camino de retorno hacia su origen. Recordemos en efecto lo que la Instrucción secreta decía del hombre primero: que había nacido para contemplar la verdad y rendirle continuo homenaje.

Pero una duda surge entonces. ¿No hay acaso una cierta duplicidad, al enseñar al común de los iniciados, por así decirlo, un sentido de los símbolos masónicos que solo es aparente, podríamos decir: exotérico, para descubrir el sentido auténtico, esotérico, solamente a algunos de los iniciados, y ello, al cabo de un largo período de espera?

---

[37] *In Documents martinistes*, nº 2, p. 37.

Aquí una vez más, la respuesta es simple, y ésta ha sido ya formulada con anterioridad. La moral que se ha enseñado en los grados simbólicos no es solamente una moral abstracta, objeto de reflexiones, es una moral de la acción.

El masón, durante su progresión en logia, aprende simultáneamente a depurar su inteligencia y a purificar su corazón (el «camino de la inteligencia y la virtud»). Le es preciso ejercitarse en desembarazar su espíritu de pensamientos vanos o nocivos que lo entorpecen y lo oscurecen, lo apartan del recto camino, o por decirlo de otra manera, de su propio ser, de su verdad, y lo hacen incapaz de la contemplación de la Verdad. Lo que constituye el estado mismo del espíritu oscurecido, «en privación».

Y le es preciso, simultáneamente —es el mismo trabajo— combatir las pasiones que lo esclavizan, eliminar los vicios que son los estigmas del hombre caído, y emplearse en despertar y fortificar en él las virtudes, sello indeleble de la imagen divina que subsiste inalterada en el hombre, vestigios de su gloria pasada y premisa de su gloria futura cuando haya restablecido la conformidad con el prototipo divino. Virtudes que son tipificadas en las virtudes masónicas, las cuales no son otras que las cuatro virtudes cardinales del cristianismo. Ya que los vicios pertenecen a la naturaleza caída del hombre, le son «contra-natura»; las virtudes pertenecen por el contrario a su verdadera naturaleza, a su «propio ser».

Es pues el origen glorioso del hombre, así como la esperanza y la fe en un destino no menos glorioso, el retorno a su verdadera naturaleza, lo que le piden la práctica de las virtudes, en primer rango de las cuales

la beneficencia, imagen e icono del Amor divino. Este lazo necesario es particularmente bien anunciado por Henri de Virieu, uno de los portavoces de Willermoz en Wilhelmsbad: «El hombre, **creado a imagen y semejanza divinas**, debe, [dice Virieu] **actuar imitando al Ser eterno**, que es el principio de todos los bienes como lo es de todas las criaturas.»[38] Así, detrás de la exigencia moral, existe una necesidad metafísica, ontológica, que la sostiene; lo que ya no debe sorprendernos.

Ahí está la justificación para el paso, necesario pero no suficiente, por el estado caballeresco. En efecto, el hecho para los caballeros masones de entregarse asiduamente y de todo corazón a la práctica de las virtudes cristianas y singularmente de la beneficencia, que es su deber propio (como su propio título lo indica), no expresa pues solamente su fidelidad a su fe y a sus juramentos; es la prueba tangible –que en ellos– la imagen desfigurada está en vías de reencontrar su semejanza y su conformidad al modelo divino, y que por consecuencia la iniciación se ha realmente operado en ellos.

Cuando el estado caballeresco se traduce por un comportamiento caballeresco, el cual se expresa en actos y es un compromiso activo y no tan solo una actitud especulativa o contemplativa, entonces es la concretización y por consecuencia la prueba y la garantía de la realidad del cumplimiento iniciático en el caballero ma-

[38] Memorandum sobre las ideas que la Orden debe relacionar con el termino de beneficencia, CV nº 9, p. 11; CV Hors Série, p. 101; y VdH nº 19, p. 198.

són, la prueba y la garantía que la iniciación ha sido actuante en él.

Es menester insistir en ello: no existe prueba irrecusable, garantía fiable, fuera de este compromiso activo en la vía de la beneficencia más universal conforme (según la fórmula citada más arriba) a «un principio de amor y de caridad». Entonces, se hace manifiesto que el caballero masón, uniendo en él contemplación y acción, actúa (continuo citándolo) «a imitación del Ser eterno» a imagen y semejanza del que ha sido creado, de Dios que es Amor, y que por consecuencia ha vuelto o está en la buena vía para volver a ser él mismo, que es el camino de la restauración ontológica, dicha también de la reintegración. Tal es el fundamento de la moral de la acción de la que hablo más arriba.

Entonces, y solamente entonces, se le hace lícito tener acceso a la plenitud consciente del conocimiento iniciático, plenitud de la comprensión intelectual que va a venir a completar la plenitud de la realización espiritual, de manera que cabeza y corazón actúen en armonía o para decirlo mejor «sinfónicamente».

Es en esto, y por esto, que la Orden interior constituye, no solamente una preparación, como lo indica Willermoz en Wilhelmsbad («prepararía al objetivo de los conocimientos científicos»[39]), sino una probación: una puesta a prueba para aportar la prueba —y esta prueba es aportada por el comportamiento caballeresco descrito anteriormente— de la permanencia y autenticidad del deseo. Del verdadero deseo, el cual no es baldío al alma, efusión sentimental, sino que, con coraje e inteligencia, pasa a ser acto. Ahora bien la Verdad sólo se da

[39] *Préavis*, CV, nº 8, p. 49; CV hors série, p. 77.

a aquellos que la desean verdaderamente, a los hombres de deseo.

He aquí por qué —y aprovecho esta ocasión para decir alto y fuerte lo que pienso desde hace largo tiempo— si nosotros, que nos decimos Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, solo lo somos sobre el papel o por nuestra vestimenta: nuestros mantos, blasones, nuestras espadas; si nos abstenemos de hacer diariamente obras de beneficencia y de caridad, entonces, no solamente somos caballeros de opereta, no solamente somos infieles y perjuros a nuestras promesas, a nuestro compromiso, sino que es todo el trabajo de la iniciación efectuado en nosotros, que por culpa de nuestra carencia, comprometemos y mandamos al garete. Impedimos entonces la eclosión en nosotros de la imagen divina, puesto que, recordémoslo, la beneficencia es el icono del Amor divino, de Dios que es amor. Es en esto, que como se dice en el pasaje del Ritual antes mencionado, «la inacción es culpable».

Así mismo es ilusorio y vano —insisto sobre ello en beneficio de aquellos que pudieran engañarse— el pensar que podrían ahorrarse el compromiso en la Orden interior, en la idea que pudieran tener sin pasar por ella un acceso más directo y más rápido a conocimientos más elevados. Todo al contrario, este compromiso es una condición sine qua non; sin él, y sin la prueba que solo puede aportar aquel que lo ha contraído, y que lo ha aplicado, reconquistando la verdad de su ser, este acceso permanece prohibido, de manera definitiva.

Una comparación aclarará mis palabras. Hay, entre el estado del masón y el de caballero, poco más o menos la misma relación que entre la fe y las obras. Sin fe, no hay obras posibles; e inversamente, las obras prueban

la autenticidad de la fe: como Corneille le hace decir a Paulina, en Polyeucto: «la fe que no actúa, ¿es una fe sincera?».

Añadiré otra imagen, que tomaré prestada del llorado Pierre Warcollier. En el seno de la Orden masónica, seguimos el camino de una realización ascendente, de la que el grado de Maestro escocés marca la cumbre. Con la Orden interior, que nos consagra a la acción, y a la acción en el mundo, seguimos por el contrario el camino de una realización descendente.

Y es entonces que todo se hace posible, ya que «el que se humille será ensalzado». Aquel que se ha preparado así es en lo sucesivo apto para recibir el *alethès lógos*, como habría dicho Celso el Platónico, el «verdadero discurso», es decir el discurso verídico sobre la verdad. En este caso, el hacer precede al decir.

De esta suerte, se encuentra así mismo resuelta la paradoja a la que he hecho alusión en diversas ocasiones. La enseñanza doctrinal es muy, efectivamente, preparatoria a la realización integral de la iniciación, pero lo es retroactivamente. Ya que si la iniciación se desarrolla en el tiempo (como hemos visto), este tiempo es el del espíritu, el tiempo sagrado, que no es el tiempo de la sucesión cronológica.

Añado, y con ello vuelvo a encontrar así mi punto de partida, que esta enseñanza iniciática no es en absoluto necesaria a la acción de la iniciación, que por el contrario, opera (me repito) en el silencio del espíritu y del corazón. Pero es necesaria la apertura de este espíritu y de este corazón, a fin de que la iniciación pueda operar sin obstáculos. Es una vez más una cosa que Willermoz ex-

presa muy claramente en una carta a Charles de Hesse, del 12 de octubre de 1781[40]:

> En cuanto a las instrucciones secretas, mi objetivo, al redactarlas, fue el despertar a los masones de nuestro Régimen de su fatal adormecimiento; para hacerles sentir que no es en vano que se les ha motivado siempre al estudio de los símbolos, gracias al cual, por su trabajo y con otros socorros, les cabe esperar traspasar el velo; llevarlos al estudio de su propia naturaleza; hacerles vislumbrar su tarea y su destino; en definitiva prepararlos para que **quieran convertirse en hombres**.

Convertirse en hombres: el mismo Willermoz subraya estas palabras. Tal es, en nuestro Régimen, el fin último de la iniciación. ¡Exaltante programa!

Al término de esta exposición en la que no he hecho más que allanar el terreno y evacuar ciertos previos, espero haber logrado probar una cosa, y esta es, que la estructura tripartita que Willermoz ha querido dar al Régimen Rectificado, es una estructura funcional y no tan solo formal, y que ella responde a una necesidad metodológica. Esta estructura es de tal coherencia interna, que desmembrar el Régimen o amputarlo equivale a privarlo de buena parte de su eficacia, si no iniciática, cuando menos pedagógica. Este es el caso en algunas obediencias masónicas; no en el de todas ¡gracias a Dios!

Una última observación. Vivimos en efecto en una época extraña, en la que todos los secretos terminan por dejar de serlo. Un eclesiástico eminente me hacía observar no hace mucho que es la primera vez en la historia

---

[40] CV, nº 8, p. 47.

que todas las tradiciones secretas de todos los pueblos son accesibles a cualquiera que se tome el trabajo de buscarlas; lo que tiende sin duda a probar que se acercan los tiempos en los que, como dicen las Escrituras: «Nada hay encubierto que no haya de revelarse, ni nada oculto que no haya de ser conocido» (Lc 12, 2). Consecuencia de ello es que las Instrucciones secretas a los Profesos y sobre todo, las más importantes, a los Grandes Profesos, son de dominio público (las primeras publicadas por Paul Vulliaud in Joseph de Maistre Franc-Maçon, 1926, y las segundas por Antoine Faivre in Le Forestier, La Franc-Maçonnerie templière et occultiste, 1970).

Que sean accesibles a todos, mientras que Willermoz había tomado tantas precauciones para disimular incluso su existencia, comporta evidentemente riesgos, pero también ventajas, y estoy convencido que lo segundo predomina sobre las primero. Los riesgos, creo yo, son por otra parte menores que en el siglo XVIII, ya que lo oculto se ha banalizado actualmente hasta tal punto que nadie, o casi nadie se toma nada en serio, tanto el esoterismo auténtico como la pacotilla ocultista. Y la experiencia demuestra que los textos que tienen un verdadero alcance se defienden muy bien por sí solos, ya que ante los espíritus fútiles, o mal intencionados, o simplemente mal preparados, se cierran, y se les hacen herméticos en el sentido común del término.

En cuanto a las ventajas, estas son inapreciables: se tiene así acceso sin reservas a la pura y verídica doctrina del Rectificado. Ya que es allí donde ella se encuentra, y si uno quiere captar lo que hacen los masones rectificados, solo tiene que leer, releer, estudiar, meditar las Instrucciones secretas a los Grandes Profesos.

Todo masón rectificado debería tenerlas por libro de cabecera. Y si después de esto, retoma sus rituales y los estudia a su luz, entonces descubrirá una infinidad de riquezas insospechadas o casi. Tesoros de los que podrá disponer libremente para su mayor provecho y el de sus hermanos.

Pero antes de llegar a esta cumbre, hay que comenzar por el principio y sufrir los grados que llevan a ella. Estos grados ascendentes, son las «Instrucciones» de la clase simbólica o masónica, instrucciones que en los tres primeros grados, son calificadas de «morales», pero este calificativo no debe confundirnos, ya que en realidad es la doctrina de la que he hablado más arriba que es expuesta de manera alusiva y velada, pero muy real, y esto progresivamente de grado en grado. La culminación de esta enseñanza es la que se titula Instrucción final del hermano recién recibido al cuarto grado y último simbólico de Maestro escocés en el Régimen rectificado[41], en el curso de la cual es presentada primeramente una retrospectiva variada de las explicaciones de los tres grados precedentes, y a continuación otra surtida retrospectiva con explicaciones de los diferentes episodios del cuarto grado en particular por los que el recipiendario acaba de pasar. Esta instrucción no es denominada «moral», a diferencia de las precedentes, ya que ella tiene un claro alcance metafísico, de esta metafísica de la que he hablado al comienzo de este estudio. Esta recapitulación de los grados masónicos anticipa lo que será la Instrucción a los Grandes Profesos, que la amplifica y ahonda, pero aporta suficientemente la en-

[41] Ritual M.E.S.A., op. Cit., pp. 64 a 79 [Ritual G.P.D.H. págs. 85 a 100].

señanza de la doctrina del Régimen rectificado, enseñanza que completa y perfecciona el *cursus* masónico en el seno de este Régimen, y que puede y debe ser dispensado a los hermanos menos avanzados: razón por la que los enseñantes de la logia, Venerable Maestro y Vigilantes deben absolutamente ser Maestros Escoceses, ya que es únicamente entonces cuando habiendo acabado su «iniciación masónica en la clase de los símbolos»[42], pueden transmitir sin defectuosidad el conocimiento.

Tenemos pues relación, con estas cuatro instrucciones que se completan e iluminan unas a otras, en un conjunto pedagógico (retomo este epíteto) muy inteligente y eficazmente agenciadas. Es por lo que será de gran utilidad haberlas reunido en un único volumen, lo que, por comparación de unas y otras, acrecentará notablemente la luz llevada sobre la doctrina única en su género del Régimen Escocés Rectificado.

Jean-François VAR

[42] *Ibid.*, p. 69. [Ritual G.P.D.H. pág. 90].



JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ Y SU OBRA

Joseph de Maistre, hace más de dos siglos, en su *Memoria al Duque de Brunswick*, planteaba, sobre la Francmasonería, ciertas cuestiones que ningún masón puede en toda conciencia eludir:

> Posiblemente no exista ningún masón con cierta capacidad de reflexión, que no se haya preguntado una hora después de su recepción: «¿Cuál es el origen de todo esto que he visto? ¿De dónde vienen estas ceremonias extrañas, toda la pompa y boato, estas grandes palabras, etc.?» Pero después de haber vivido durante algún tiempo en la orden, se hace otras preguntas: «¿Cuál es el origen de estos misterios que no encubren nada, de esos tipos que no representan nada? ¿Por qué tantos hombres de todos los países que se reúnen (posiblemente desde hace varios siglos) para situarse ordenadamente en dos líneas, jurar no revelar jamás un secreto que no existe, llevar la mano derecha al hombro izquierdo, volver a ponerla en su lado derecho, y sen-

tarse a la mesa? ¿No es extravagante, comer y beber en exceso, sin hablar de Hiram, del Templo de Salomón, y de la estrella llameante, etc. etc.?»[43]

A estas preguntas, Willermoz —masón eminentemente con «capacidad de reflexión»— buscó durante largo tiempo y con obstinación la respuesta. Nos la ha legado; y he aquí su obra, objeto del presente trabajo.

[43] *Mémoire au duc de Brunswick* (1782), de J. de Maîstre, *Ecrits maçonniques* (Geneve, Slatkine, 1983) págs. 80-81. Se trata de una memoria dirigida como respuesta a la consulta general organizada por Ferdinand de Brunswick en el marco de la preparación del convento de Wilhelmsbad.

WILLERMOZ Y LOS SUYOS

¿Quién era Jean-Baptiste Willermoz? Nacido el 10 de julio de 1730, en Lyon, muerto en la misma ciudad después de 94 años, el 29 de mayo de 1824, era el menor de una familia de doce hermanos[44], de los cuales solamente tres cuentan en la historia masónica (al igual que en la historia a secas, puesto que, salvo su existencia, no sabemos nada más de los otros)[45]:

1° Su hermana mayor, la futura Sra. Provensal, con la cual su vida transcurrirá estrechamente ligada. Viuda a los pocos años de su matrimonio, cuidó del gobierno de la casa a lo largo de un celibato prolongado hasta que se produjo el matrimonio de Willermoz en 1796 con una huérfana, Jeannette Pascal (llamada Marie en el árbol genealógico; sus nombres completos eran Jeannette

[44] He publicado y comentado un árbol genealógico de la familia Willermoz en el n° 7 de los *Cahiers Verts* (nouvelle série, 2012), páginas 133-144.

[45] Mencionamos a título de indicación un tío abuelo suyo, Léonard Willermoz, vicario de la parroquia de Saint-Nizier.

Pascal, cf. nota 47): el esposo tenía por aquel entonces 65 años y la esposa 24... La estrecha relación entre los dos hermanos prosiguió hasta la muerte de la Sra. Provensal en 1810, y todos aquellos que frecuentaron el hogar de Willermoz o residieron en él algunos días, han guardado de ella el mejor recuerdo, caluroso y agradecido; como es el caso de Saint-Martín, y muchos otros. Privilegiada confidente de Willermoz, este no le ocultaba nada y lo compartía todo con ella, hasta la hizo entrar en la Orden de los Elegidos Coens de Martines de Pasqually, donde fue recibida como «maestro coen», ya que esa Orden era mixta.

2º El futuro doctor Pierre-Jacques Willermoz (1735-1799), del que volveremos a hablar más adelante.

3º Y finalmente Antoine Willermoz (1741-1793), ejecutado durante el Terror que siguió a la toma de Lyon por la Convención, después de que la ciudad se sublevara para defender a los Girondinos. De los dos, Pierre-Jacques parece haber sido el más próximo a Jean-Baptiste. No obstante, ambos estuvieron asociados de cerca (se quiera o no, todo prueba que Willermoz tenía una fuerte personalidad dominadora, por no decir despótica) en sus empresas masónicas y para-masónicas.

Para terminar con su entorno familiar, apuntamos que el matrimonio de Jean-Baptiste Willermoz, aparentemente desequilibrado (cuarenta años de diferencia entre los esposos, aunque la cosa no era tan rara por aquel entonces) le aportó grandes pesadumbres. No porque fuera desdichado en su vida matrimonial, antes al contrario, pero al cabo de siete años, en 1804 (Willermoz tenía entonces 74 años) la Sra. Willermoz dio a luz una niña que sólo vivió algunos días; al año siguiente alumbró un niño; y, finalmente, en 1808 un par-

to prematuro le quitó la vida. Así pues, «después de doce años de felicidad sin queja» (según sus propias palabras), Willermoz se encontró viudo a los 78 años con la carga de un niño de 3 años (había nacido el 20 de septiembre de 1805) en quien depositó todas sus esperanzas.

Con vistas a la instrucción futura de su hijo, Willermoz redactó a la sazón importantes documentos: nueve cuadernos clasificados en sus archivos bajo el título general siguiente: *Instrucción particular y secreta a mi hijo, para serle comunicada cuando tenga la edad de perfecta virilidad, si es que entonces se muestra digno de recibirla* (en la actualidad en el fondo Kloss de la biblioteca del Gran Oriente de Holanda, en La Haya; en la biblioteca municipal de Lyon, fondo Willermoz, entre otros). Estos textos, en los que Willermoz expone sus concepciones religiosas y metafísicas (las cuales, como veremos, están estrechamente ligadas) son de un interés capital, en tanto que se expresa tal como él es, al no tener necesidad de disfrazar su pensamiento por razones de política masónica.

Pero he aquí, que el 23 de octubre de 1812, es decir contando solamente 7 años de edad, el pequeño Jean-Baptiste-François de Sales-Claudius, que parecía lleno de vida (en su carta del 10 de septiembre de 1810 a Charles de Hesse, Willermoz lo describía como «muy bien constituido»), muere súbitamente sin que nada lo dejara prever. ¡Qué golpe!, para ese anciano de 82 años que, en el espacio de cuatro años, había perdido a su querida esposa, a su hermana no menos querida, y finalmente a su hijo, «la niña de sus ojos» como él gustaba decir.

Por tanto, sólido como una roca, casi ignorante de las enfermedades —salvo un temblor nervioso de sus manos, aparecido hacia los 70 años y que se fue agravando hasta el punto de dejarlo prácticamente incapaz de escribir por sí mismo y obligarlo a recurrir a los buenos oficios de su sobrino— sobrevivió aún doce años, hasta la edad, como antes hemos dicho, de casi 94 años.

A partir de aquel momento, ya sin descendencia directa, volvió su afecto y sus esperanzas, principalmente masónicas, hacia su sobrino, hijo de Antoine, y que debería ser su ahijado, puesto que también se nombraba Jean-Baptiste. Este le sirvió a menudo de secretario: él fue, por ejemplo, quien redactó bajo el dictado de su tío la larga carta de fecha 10 de septiembre de 1810 por la cual este último vuelve a ponerse en contacto, después de quince años de interrupción, con Charles de Hesse, y le da noticias (preciosas para nosotros) del Régimen Rectificado en Francia:

> Mi mano, después de las fuertes sacudidas morales que he sufrido, me niega su servicio para toda escritura continuada.[46] Estoy obligado a tomar prestada la de mi sobrino (a Lilio Albo) hijo de mi hermano (a Concordia), para escribir bajo mi dictado; siendo caballero y Gran Profeso, es del único de quién me puedo servir para mis escritos confidenciales; pero encontrándose excesivamente ocupado en sus asuntos todo el día, sólo me puede dedicar de tanto en tanto ciertos momentos siempre demasiado cortos.

Sin embargo, su sobrino no tenía realmente la fibra masónica, y es de suponer que había aceptado el dejarse iniciar en todos esos secretos por complacer a su tío.

---

[46] Probablemente se tratara de la enfermedad de Parkinson.

Lo cierto es que éste último debería verse defraudado en sus esperanzas, puesto que a fin de cuentas, su heredero masónico fue Antoine-Joseph Pont (hijo de un amigo de su hermano Antoine, y al único que junto a su sobrino Jean-Baptiste, inició Willermoz después de la Revolución Francesa). Es a él, en efecto, a quién hará legatario de todos sus archivos y documentos.

Para terminar con la familia Willermoz, y enlazar por ahí con su profesión, es preciso decir algunas palabras de su padre. Claude-Catherine Willermoz, oriundo de Saint-Claude[47], en el futuro departamento del Jura, había emigrado a Lyon a principios de siglo y ejercía la profesión de «comerciante de mercería». Los Willermoz son, pues, modelados por esa «atmósfera» lionesa, que resulta tan particular. De ahí las características que se revelaron en el carácter de Jean-Baptiste: obstinación, gusto por el secreto, pero a la vez don de gentes, sentido para los negocios y para las relaciones.

[47] En el *Cahier Vert* ya mencionado he proporcionado mayores precisiones sobre la familia Willermoz. En el seguiente *Cahier Vert* nº 8 (2013), Alain Véron ha añadido algunas otras (págs. 119-120).

LA VIDA DE WILLERMOZ

El joven Jean-Baptiste fue desde su adolescencia proyectado a la vida activa. A la edad de 14 años, después de una educación bajo la férula de los Jesuitas (en consecuencia sólida y cumplida), fue aprendiz de un comerciante de sedas (algo que se imponía en Lyon). Diez años más tarde, a los 24, montó su propio negocio y se estableció por su cuenta como «maestro fabricante». Una nota contemporánea, algo anterior al convento de Wilhelmsbad lo describe como «fabricante de tejidos de seda y plata y comisionista de sederías», a la vez fabricante y detallista, pertenecía a la aristocracia del comercio lionés. Sus fabricados se vendían en toda Francia, al igual que en buena parte de Europa, lo que le permitió a la vez entrar en contacto y tener relación con numerosos clientes adinerados de la aristocracia (tal como suena), incluyendo príncipes, a los que servía de maravilla contentando sus intereses y curiosidades masónicas. De suerte que en su correspondencia se puede ver entremezclada, de una manera bastante divertida, las consideraciones más elevadas sobre las «altas ciencias», los

fines últimos de la masonería, el cristianismo «trascendente», como bien dirá Joseph de Maîstre, y de improviso otros asuntos muchos más terrenales, relativos a muestras de tejidos o coloridos. Existe así un intercambio de cartas con Charles de Hesse a propósito de los colores obtenidos por las recetas *alquímicas* del conde de Saint-Germain (que el príncipe tenía recogido en su castillo de Gottorp donde finalmente fallecería) y que al probarlas, se revelaron de pobre calidad...

Sus viajes anuales propios de su comercio, y su correspondencia de negocios, demostraron ser una excelente vía para entrar en materia y trabar contactos relacionados con lo que fue LA gran obra de su vida: extender y profundizar «el campo de sus conocimientos masónicos». Lo que le llevó a liquidar su casa de comercio (que vendió a sus dos principales empleados) en 1782, poco antes del convento de Wilhelmsbad, a fin de consagrarse en adelante únicamente a la Francmasonería.

Por cierto, Alice Joly (a quién debemos todos estos detalles) apunta que en esa época empieza un período de declive léase de crisis, para las sederías, al preferirse los tejidos de algodón y las muselinas —uno se imagina a María Antonieta jugando en las butacas del pequeño Trianon.

Un acontecimiento que Alice Joly entrevió inconscientemente y que me fue revelado de manera fortuita gracias al descubrimiento que hice en febrero del año 1999, en los archivos de la Orden de los Francmasones daneses, en Copenhague, de una carta desconocida de Henri de Virieu que publico aquí (en Anexo I), es que esta crisis de las sederías tuvo repercusiones financieras sobre la fortuna de Willermoz y contrarió al menos momen-

táneamente sus proyectos de jubilación. Al parecer, el fundador de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa fue en efecto invitado a participar por los dos príncipes, Ferdinand de Brunswick y Charles de Hesse (carta de Charles de Hesse a Willermoz del 22 de septiembre de 1780), a una reunión preparatoria del convento general proyectado por ellos.[48] Willermoz no acudió a esta invitación, y hasta ahora, y a consecuencia de Le Forestier, se había interpretado esto como una espantada. La carta dirigida confidencialmente a los príncipes por Virieu prueba que fueron las dificultades económicas las que impidieron a Willermoz hacer un tan largo desplazamiento, obligado como se encontraba en aquellos momentos en atender sus asuntos profesionales cuando paradójicamente había decidido despegarse de ellos.

Sin embargo, ello fue tan solo temporal, y la venta que hizo de su fondo de comercio dos años más tarde, en 1782, es una realidad comprobada. Prueba suplementaria que Jean-Baptiste Willermoz era un excelente gestor y que por otra parte tenía el sentido de la oportunidad, lo que confirma ampliamente su política y su diplomacia masónicas. El que pudiera retirarse a esa edad (52 años exactamente), es decir, bastante precozmente, demuestra que, si no con una fortuna hecha, al menos tenía una situación económica lo suficientemente desahogada como para permitirle vivir en lo sucesivo de sus rentas y hasta de adquirir con motivo de su matrimonio, en 1796, una hacienda (en su carta anteriormente citada de 1810 a Charles de Hesse, se califica a sí mismo «Jean-Baptiste WILLERMOZ, propietario») que

[48] *Cf.* Le Forestier, op. cit. pp. 576-579.

no cesaría de ampliar y embellecer, lo que prueba con creces, que con anterioridad había sabido ser un sagaz hombre de negocios.

En resumen, no se había retirado totalmente de los negocios. Conservó importantes intereses en la tienda de mercería al por mayor de su hermano Antoine y de su cuñado Provensal, y cuando después de la muerte de Antoine se precisó liquidar la tienda, fue a él a quien llamaron para hacerlo.

Para Willermoz, el éxito profesional, el éxito social (como más adelante veremos) y, si lo podemos decir así, el éxito masónico iban parejos, y ello era debido a que aplicaba sus múltiples cualidades en los diferentes campos de actuación. Pero es preciso no perder de vista que Willermoz fue a la vez un autodidacta y un hombre hecho a sí mismo. Desde este punto de vista, él recuerda a menudo a su casi contemporáneo Laurence Dermott (1720-1791) que, empezando como obrero pintor de la construcción, pasó a ser un próspero comerciante de vinos londinense, fue el animador y el alma pensante de la Gran Logia de los «Antiguos», al igual que Willermoz para el Régimen Rectificado; y curiosamente, ambos desde puestos de secretariado lo que hacía de ellos jefes ocultos, algo así como Superiores Desconocidos, dirigentes mucho más reales de sus respectivos sistemas que los jefes ostensibles.

Todo ello nos conduce a la carrera masónica de Willermoz, la cual se confunde prácticamente con su vida, o más exactamente, enmarca y orienta su curso. Las peripecias masónicas modelan su existencia, y, en función de ellas, esta puede ser esquemáticamente dividida en cuatro grandes períodos.

1º Un período de alrededor de cuarenta años, de 1850 a 1791, caracterizado por una actividad masónica cada vez más intensa y creativa, al menos hasta los años 1775-1785, que configuran su punto culminante;

2º Un período de una decena de años, de 1791 a 1801, en el que el cese forzoso, motivado por los acontecimientos revolucionarios, de toda actividad masónica, dejó a Willermoz la posibilidad y el tiempo necesario para aplicar su energía desbordante a otros centros de interés, sin que su apego apasionado por la masonería disminuyera ni un ápice, sólo que mantuvo una actitud en esa época de tipo contemplativo-especulativa;

3º Otro período de una decena de años, de 1801 a 1810, que podríamos definirlo como período mixto. Un ligero remozamiento de las actividades masónicas conduce a Willermoz a reemprender sus propios trabajos. Es entonces cuando, siendo el único conservador y depositario, no solamente de los documentos y archivos auténticos de la masonería rectificada, sino también y sobre todo de la memoria de ésta última, termina la redacción y puesta a punto de los rituales, en particular el de Maestro Escocés, así como sus instrucciones. Por ejemplo, de 1802 a 1807, dispensa un verdadero *curso de francmasonería* para uso de la logia *La Triple Unión* de Marsella. Simultáneamente, prosigue sin interrupción sus actividades sociales y caritativas.

4º Un último período de una quincena de años, de 1810 a 1824, caracterizado por su vejez (de 80 a 94 años), en el que su «ardor se apaga», aunque no menos que el de la masonería rectificada, la cual desaparece prácticamente de escena. Escribiendo a Charles de Hesse, constata «un enfriamiento general en Francia» respecto a la masonería auténtica, y añade que, desde hace

siete u ocho años, ya no se ha podido ocupar de nada, y que no cree que quede nadie de la antigua provincia de Auvernia que esté interesado por los secretos de la *verdadera masonería*.

Como puede verse, desde el punto de vista que nos interesa, es decir, desde el punto de vista masónico, el primero de esos cuatro períodos (que por otra parte, ocupa él solo un lapsus de tiempo más largo que los otros tres juntos) es el que se presenta ante nuestros ojos pletórico de riquezas, ya que es en el curso del cual Willermoz edificó la obra de la que somos hoy sus herederos. También podemos lógicamente dividir su existencia y su actividad en dos grandes períodos: antes y después de la Revolución. Períodos que hemos querido considerar remontando el tiempo, es decir examinando en primer lugar el segundo, para detenernos y continuar más ampliamente con el primero.

WILLERMOZ MIENTRAS Y DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

La Revolución, como se sabe, provocó bajo la Convención, y principalmente bajo el gobierno del Terror, la interrupción de toda actividad masónica (1793-1795), especialmente con la espectacular abdicación del Gran Maestro Philippe-Egalité que, en Enero de 1793, abandona, según los propios términos de su declaración pública, «la quimera por la realidad». La francmasonería ya no se despertará hasta 1795-96, gracias al esfuerzo y cuidados de Roettiers de Montaleau, antiguo venerable maestro (en 1793) del Centre des Amis.[49]

De hecho, para el Régimen Escocés Rectificado, la etapa en la que los trabajos estuvieron en sueños, había empezado anteriormente, tal y como lo relata Willermoz en su carta a Charles de Hesse ya mencionada del 10 de Septiembre de 1810. Y eso por razón de que los

[49] *Cf.* la obra de Hervé Gérolami de Rocca Serra *Histoire de la Respectable Loge Le Centre des Amis à l'Orient de Paris*, Cannes, Éditions du Simorgh, 2011.

escribía su hermano el doctor a Willermoz, en unos momentos en los que Jean-Baptiste tenía serias dificultades como consecuencia de la toma de Lyon por las fuerzas de la Convención: «Tú eres un moderado, un Feuillant, te has mostrado siempre como tal. Se cree que eres un hombre honesto ya que sólo les hablas cuando están en grupo, sin saludarlos por la calle, erizando el lomo y vinculado con los realistas» (en Alice Joly, op. cit., pág. 296).

En efecto, a finales de mayo de 1793, al anunciar la prohibición de los Girondinos[52], las secciones de Lyon

---

tados Generales (1789), se trasladó pronto a París, donde con el nombre de Société des Amis de la Constitution, celebraba sus sesiones en un antiguo convento de los dominicos, a quienes vulgarmente se daba el nombre de jacobinos, por estar situados en la calle San Jacobo, lugar donde tuvieron en París su primera casa. Partido político moderado en sus comienzos, se radicalizó tras la escisión de los Feuillants (1791) y bajo la influencia de Robespierre se convirtió en el principal órgano y prestó su apoyo a la Convención y al Gobierno del Terror. Fue clausurado a la caída de Robespierre (noviembre de 1794) y reconstituido por Gracchus Babeuf (1795), para cerrase definitivamente en 1799.

[52] Girondinos: Los Girondinos eran llamados así a causa de que algunos de sus principales miembros eran diputados por la Gironda. Partidarios de la burguesía ilustrada, se opusieron a la política revolucionaria de los Jacobinos. Con el apoyo de los departamentos, a medida que la Revolución se radicalizaba se esforzaron en frenarla. Proclamada la República, los girondinos quisieron instaurar en Francia una república burguesa moderada, pero las derrotas sufridas por el ejército francés y la defección de Dumoriez supusieron el fin de su influencia. Acusados de traición por los jacobinos, la mayor parte de sus jefes fueron arrestados (junio de 1793) y algunos diputados girondinos intentaron un levantamiento federalista en las provincias, pero fracasaron. En octubre de 1793 fueron ejecutados los principales dirigentes de este grupo.

se sublevan, expulsan del poder a la municipalidad montañesa[53] y se rebelan contra la Convención. Esta última envía entonces sus tropas, que asedian la villa rebelde (del 8 de agosto al 9 de octubre de 1793). Es con motivo de este asedio cuando una bomba cae sobre el domicilio de Willermoz destruyendo una parte de sus archivos. El mismo ejercerá, con mil penalidades y en circunstancias peligrosas, las funciones de administrador (voluntario) del «Hospital general Casa de Dios» de Lyon. La revista *Renaissance Traditionnelle*, nº 45, Enero 1981, ha publicado diversos textos de archivo, entre los que figuran dos peticiones de Willermoz a la municipalidad, describiendo las dificultades extremas entre las que se debatía.

A principios de Octubre, las tropas de la Convención, mandadas por Kellermann (¡él mismo era masón!) aplastaron a los defensores de Lyon, entre los cuales se

---

[53] Partido de la Montaña: En la Revolución francesa, grupo de diputados (montagnards) que constituían la izquierda en la Convención, así llamados porque ocupaban los escaños más altos en la sala de sesiones. Formaban parte de este grupo Robespierre, Danton, Marat, Saint-Just, Couthon, Billard-Varenne, Carnot, etc. Opuesto a la mayoría conservadora de la Convención y al federalismo de los Girondinos, logró derrocarlos (2 de junio 1793) con el apoyo de los clubes jacobino y franciscano, de la Comuna y de las clases populares, e implantó en su lugar una dictadura, dirigida por el Comité de Salvación Pública, del que Robespierre fue la máxima figura. Mientras estuvo en el poder aceleró el reparto de bienes comunales y la liquidación del orden feudal, continuó la descristianización en beneficio del culto revolucionario y derrotó a los federalistas, realistas y coligados; pero las disensiones internas y la sistemática represión a que se entregó acabaron debilitándolo. Como grupo político fue definitivamente aplastado el 9 de termidor (27 de julio 1794).

encontraba Henri de Virieu, antiguo «coadjutor» (Le Forestier) de Willermoz, que fue muerto con 37 años intentando encontrar una salida al cerco. A todo ello, le siguió un sangriento Terror, de noviembre de 1793 a febrero de 1794, marcado por las ejecuciones en masa. Willermoz fue denunciado tres veces, siendo en dos ocasiones su causa declarada nula, pero a la tercera vez prefirió no arriesgarse poniéndose a salvo y marchando para esconderse en el campo (de febrero a octubre de 1794). Antoine Willermoz, más moderado que Jean-Baptiste y Pierre-Jacques, había sido guillotinado el 28 de noviembre de 1793.

Después de este episodio, y sobre todo después de los sucesos de Thermidor (ejecución de Robespierre y de Saint-Just, el 27 de julio de 1794), fue el retorno a la vida. En 1796, como habíamos visto, Willermoz se casa. Desde entonces, multiplica sus actividades. Se entrega a la beneficencia (como lo exige su calidad de Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa): desde 1797 hasta el fin de su vida, fue uno de los cinco miembros de la comisión administrativa de los hospicios civiles, llevando a cabo una considerable obra de reconstrucción y reorganización, al igual que, de 1804 hasta el final de sus días, fue miembro de la oficina de beneficencia del IIIer distrito, y tiempo después de la oficina central. Pone sus capacidades al servicio de la religión: en 1809, el arzobispo de Lyon, el cardenal Fesch tío de Napoleón Iº lo nombra miembro del consejo de fábrica (es decir, del consejo parroquial) de la parroquia de San Policarpo. Se ocupa de la instrucción primaria. Forma parte de la administración local: de 1800 a 1815, es consejero general del departamento del Ródano (en la época, en que los consejeros generales no eran elegidos, sino nombra-

dos por el gobierno). En fin, miembro desde 1798 de la Sociedad de Agricultura (cuyo presidente quedó encargado de pronunciar un discurso en sus funerales), se convirtió en agricultor apasionado: la condición de «propietario» con la que se titulaba al final de su carta de 1810 a Charles de Hesse no era una palabra vana...

> Estoy completamente retirado de todos los asuntos externos, vivo desde hace 15 años en una hacienda rural en el interior de la villa, situada en uno de los extremos, sobre una colina donde el aire es muy favorable para mi salud: el cultivo de la viña y sus frutos ocupa mi tiempo disponible. Sería dichoso si no hubiera tenido la desgracia de perder, hace ahora dos años, a mi querida esposa a causa de un parto prematuro, etc.

En resumen, Willermoz se presenta ante nosotros, encontrándose ya en plena vejez, bajo los rasgos de un hombre comprometido con la vida activa, e incluso de una actividad desbordante, en absoluto soñador; y al mismo tiempo, como un notable que ha sabido guiar bien su éxito social. Sin embargo, estos elementos, indispensables para completar el retrato del hombre, dejan escapar lo esencial: al masón y a su obra, la cual fue, literalmente, la obra de su vida. Es a su estudio a lo que a partir de aquí nos vamos a dedicar.

WILLERMOZ ANTES DE LA REVOLUCIÓN, SU OBRA MASÓNICA

Iniciado en 1750, a la edad de 20 años (a la misma edad que Dermott) en una logia de Lyon de la que se ignora el nombre, franqueó rápidamente todos los grados. Relatando los hechos cincuenta años más tarde, escribía que enseguida fue «vestido con todos los cordones y de todos los colores posibles», pero también muy rápidamente repudió la frivolidad y la indisciplina reinante en las logias. He ahí lo que escribe veinte años más tarde, en una carta fechada el 14-18 de diciembre de 1772, al barón Charles de Hund, fundador de la Estricta Observancia:

> Admitido bastante joven en nuestra Orden, los jefes de la logia que me habían recibido, quisieron recompensar mi celo con un avance rápido en sus misterios. En 1752 fui elegido venerable. El relajamiento bastante común en las logias de Francia se deslizó también en ésta; mi rigidez desplazó a varios, lo que me hizo tomar partido

con un pequeño número de amantes de nuestras leyes, y formar otra logia bajo el título de la Perfecta Amistad. Esta decisión se produjo muy amigablemente; mi primer desvelo fue procurarme constituciones. Las que obtuve en 1756 son las primeras conocidas en Lyon, emanadas de la Gran Logia de Francia. Fui elegido de nuevo venerable, y a pesar de mis peticiones por dejarlo, continué siéndolo hasta 1762. Varias logias establecídas en Lyon se lamentaban del abuso que se propagaba cada vez más. Yo contribuí a formar la G.L. de Maestros Regulares de Lyon, con los venerables maestros y los que les sucedieron, y además los dos diputados amovibles de cada una de ellas, escogidos de entre sus oficiales de mayor grado (era preciso ser Caballero de Oriente para poder ser admitido). Este establecimiento fue formado el 4 de mayo de 1760, e inmediatamente reconocido y patentado el 18 de julio de 1761 por la G.L. de Francia con los mayores elogios por el nombre que se había elegido, a lo que añadió: a ejemplo de la de París. Con esta composición, la G.L. de los Maestros Regulares de Lyon, fue la encargada de velar por el mantenimiento de la disciplina en las logias, de la conservación de la correspondencia general hecha en su nombre, de fijar la elección de la uniformidad de los grados simbólicos, su distrito no iba más allá (llamo Grados simbólicos los comprendidos hasta Caballero de Oriente inclusive). En 1761, fui elegido Gran Maestro Presidente, esta elección se hizo todos los años con la participación de todas las logias. Fui obligado a continuar en funciones durante 1762. Finalmente, en 1763, obtuve la libertad que tanto deseaba, aceptando el depósito de los sellos y archivos de este Oriente, que había quedado libre a resultas de la muerte de un Respetable Hermano encargado de su custodia, depósito que actualmente aún se encuentra en mi poder.

Esta función de «guarda sellos y archivos» le permitió en lo sucesivo entregarse a una de sus actividades favoritas: recoger, estudiar y comparar los rituales de todos los grados posibles. Pero, ¿por qué todo esto?, ¿por gusto de coleccionista? Algo de ello había ciertamente, pero además existían otros motivos más profundos, más esenciales, que tienen que ver con el estado de la Francmasonería de mitad de ese siglo, de la que Willermoz se convierte en miembro.

La Francmasonería es en esa época a la vez célebre y desacreditada. Se habla y se escribe mucho sobre ella. Las «divulgaciones» se multiplican, se pueden contar a lo menos doce entre 1737 y 1751, a partir de *La recepción de un Masón libre*, que no es otra cosa que la puesta por escrito de las confidencias de almohada obtenidas por una bailarina de opereta, la Carton, instigada por el teniente de la policía Herault. Numerosas divulgaciones se vuelven a copiar y se repiten. Éstas son, en su conjunto, cada vez más precisas y bien informadas ¿En qué se convierte, después de todo esto, el «secreto del masón»? Famoso secreto que todo el mundo conocía (o creía conocer).

Por otra parte, la situación era parecida en Inglaterra, donde, en 1743, Horario Walpole (que también era masón) llegó a escribir: «La reputación de los Francmasones está en su momento más bajo en Inglaterra [...] No veo en ello otra cosa que una persecución para volver a ponerlos de moda».

Podemos constatar entonces la existencia, a grosso modo, de dos grandes tipos de masonería y de masones. La primera consiste en una sociabilidad apasionada de razón y de buen gusto o, por emplear un lenguaje actual, llena «de atractivo»: es lo que el abad Marquet,

en su *Discurso sobre el espíritu de la sociedad* (1735), llamaba la «razón humanizada». Esta tendencia es ilustrada perfectamente por el presidente Bertin de Rocheret, presidente por elección de Epernay. En su *Apología de la antigua, noble y venerable sociedad* de los Francmasones (1737), escribe: «Dios, el Rey y el honor son los tres pivotes sobre los cuales esta antigua sociedad se sustenta desde hace cerca de siete siglos. Una confederación de gentes distinguidas y honestas en todos los estados, que no buscan otra cosa que divertirse filosóficamente en el intercambio de los buenos sentimientos, de las buenas letras y las bellas artes de toda especie, formando con todo ello un sólido vínculo». Y más adelante, después de haber citado como ejemplo la famosa abadía de Ripaille fundada en el siglo XV por el duque Amadeo VIII de Saboya, con su «regla de vida» fundada «sobre los principios de un epicureísmo sutil y filtrado por las leyes del cristianismo» toma a su cargo, pero devolviéndola como cumplido, la crítica pontificia según la cual la «Francmasonería [sería] un refinamiento de epicureísmo» y la comenta de este modo:

> ...lo que es cierto, es que no se nos atribuirá más que las máximas de un Epicuro cristiano que sabe aliar los deberes de su religión y de su estado con las satisfacciones permitidas; lo que realmente es honestidad humana según Dios y según el mundo suprimiendo y aniquilando todas las pasiones tumultuosas que se oponen a la honesta seguridad en que buscamos gozar. He ahí toda nuestra filosofía y nuestra ciencia, que debería ser la de todo el género humano, si la mojigatería y los prejuicios no opusieran obstáculo a ese estado de perfección que nosotros nos esforzamos por alcanzar.

En resumen, el estado de perfección al que debería conducir la Francmasonería consiste en «gozar» con toda «seguridad» de las «satisfacciones permitidas». Se trata, ni más ni menos, de la búsqueda del placer «honesto», eso sí, «e igualmente cristiano», si se quiere, pero aún y así del placer: lo que a la postre es una bonita definición del epicureísmo (no filosófico sino mundano).

De la misma manera, Joseph de Maistre, acordándose de la logia de los *Tres Morteros* que lo había iniciado, escribía simple y llanamente: «Era puramente una sociedad de placer».

Podemos encontrar ese mismo aspecto en un texto contemporáneo reencontrado en los archivos de ese famoso iniciado que fue el marqués de Chefdebien. El autor, un masón que permanece anónimo, desarrolla bajo la firma de «Compañero del deber», una concepción igualmente epicúrea de la masonería que puede resumirse en la frase siguiente: «(El) principio de su institución (...) no tiene de antemano por objeto hacer gozar a sus asociados de las delicias de una sociedad escogida, en la que los placeres se convierten en más interesantes por el ligero misterio y las ceremonias un tanto torpes de los compañeros del deber».

Este género de Masonería es presentada en estos textos bajo apariencias convenientes y decentes, pero la realidad lo era infinitamente menos. Se comía y se bebía mucho —podemos recordar, del texto de Josep de Maistre citado al comienzo de este trabajo, el pasaje: «No se puede (...) comer y beber en exceso, etc.». Los «trabajos de mesa» daban lugar a un ritual más complicado que lo deseable, y no es por casualidad que la logia se tenía a menudo en las tabernas, léase garitos; a

veces los encargados se hacían nombrar o se nombraban ellos mismos Venerables, y venerable, hasta la reforma decidida por el Gran Oriente en 1773, se era de por vida (al menos en París).

Los desórdenes en las logias, son en esa época, unánimemente denunciados. De ahí que se produjeran diversas tentativas por parte de los «altos grados» por controlar la situación: según los estatutos dictados por la Gran Logia en 1755, los Maestros Escoceses tenían explícitamente por misión vigilar las logias.

Se observa una situación análoga, por ejemplo en Alemania. Tenemos como prueba de ello los dos extractos de la oración fúnebre del barón de Hund, fundador, recordémoslo, y precisamente en vistas de reformar la Masonería, de la Estricta Observancia:

> Esas logias atraen a gentes de espíritu, porque éstos (sic) no caerán en las mismas extravagancias y en los mismos placeres ruidosos que estuvieron de moda en las logias de Alemania de ese tiempo. La misma logia de Altenburg, que no tiene más que tres grados trabaja con orden y decencia; las otras logias de Alemania son como templos del dios Baco; y si en una u otra se hallan hombres de mérito, se avergonzarán de comparecer en esas asambleas, lo que naturalmente deberá acarrear la decadencia de la Orden.

Y más adelante dice:

> En 1755, nuestro Venerable Maestro Provincial reformó una antigua logia de Dresde, y le dio una forma más regular, no recibiéndose más que a personas cuya conducta es irreprochable lo que despertó la atención de todo el mundo. Su misma Majestad la Reina de Polonia hizo, con motivo de un discurso sobre varios hermanos

masones que después de su recepción cambiaron de conducta, las siguientes reflexiones: «Es necesario vigilar más de cerca a esta sociedad [sic], que antaño no tenía una mayor trascendencia cuando sus asambleas sólo se significaban por un sacrificio a Baco [sic], pero en la actualidad se ha instalado en ellas la prudencia, por lo que será preciso prestarle una mayor atención...».

En contrapartida —y esta era la segunda tendencia— otros Masones tenían ideas y aspiraciones, con una concepción totalmente diferente de la Masonería. Esta otra Masonería, la buscaban por todas partes, y a falta de encontrarla, la fabricaban ellos mismos. Tal será el origen de los altos grados.

¿Qué era lo que buscaban?. Una significación, una substancia a la Francmasonería, no teniendo ésta ningún valor, según ellos, si no procuraba a sus adeptos un conocimiento, una «ciencia». Para algunos, esa ciencia no podía ser otra que elevada, una «alta ciencia». Willermoz hablará también de «conocimientos raros y preciosos». Sin embargo, la mayor parte de ellos entenderá esa noción en su sentido más concreto y material. Y es que ese siglo —quizá más que los otros «dividido en sí mismo», siglo de las luces pero también del iluminismo, siglo de la razón pero también de lo irracional, de la incredulidad y de la credulidad, del sentimiento y del cinismo» es terriblemente material, por no decir materialista. Su religiosidad es sentimental, su sentimiento es de disfrute, y su búsqueda de lo oculto en sí misma es la investigación de poderes tangibles y de efectividad real.

Sostenían la hipótesis de que la Masonería encubría una verdad oculta, escondida para la mayoría, ciertamente, pero capaz de dar a aquellos que tenían acceso a

ella poderes efectivos, sea del orden de la influencia —es decir de la influencia política y social, de donde sale como consecuencia, el mito de las «fuerzas ocultas», del «complot masónico», etc.— sea en el orden del poder, que da riqueza y salud, dicho de otra manera el poder de hacer oro y el de curar, en otros términos: la transmutación de los metales y la taumaturgia.

Es la época donde cada uno presume de curar. Estamos pensando, por citar solamente los nombres de los más célebres, en Cagliostro, en Saint Germain, en Martines de Pasqually, y también en Messmer y en la increíble moda del magnetismo, a la cual Willermoz y su grupo sucumbieron al igual que los otros, ocupándose asiduamente y durante varios años, de las curas magnéticas.

En cuanto a la alquimia, jamás en la historia fue tan popular e investigada —lo que no quiere decir practicada con seriedad y honestidad— ya que si ella ejercía tal atracción, era sobre todo y simultáneamente, por razón tanto de los bienes totalmente materiales que podía procurar (oro, salud, longevidad) como por el ascendiente sobre los otros y el poder que con ella se podían dotar aquellos que la practicaran, desde el momento en que estos bienes, podían a su antojo ser dados o negados a los demás.

Ahí reside, lo repetimos, el origen —no el único, pero sí el principal— de los altos grados y de sus leyendas. Leyendas conectadas entre ellas, que se pueden repartir en tres grupos: la leyenda escocesa, la leyenda jacobina o estuardista, y la leyenda templaria, y que tienen por común denominador el afirmar la tenencia, en el corazón mismo de la Masonería y sin que lo supieran la mayor parte de los Masones, de los Superiores Desco-

nocidos, los cuales afirmaban poseer y ser depositarios por filiación o sucesión, de poderes casi sobrenaturales con efectos —al menos eso esperaban ellos— bien tangibles y reales en los ámbitos que acabamos de decir.

Tal es la inspiración general de los diferentes sistemas y grados que Jean-Baptiste Willermoz se dispone a estudiar, por sus funciones en el seno de la Gran Logia de los maestros regulares de Lyon, y examinar cuidadosamente a fin de encontrar la verdad masónica, la verdad de la Masonería.

De este modo se organiza su carrera masónica, que si se quiere, se puede descomponer en diversos períodos, entrecortados por fechas significativas que corresponden a hechos sobresalientes.

1760-1767
LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Lo mejor es dejar que Willermoz se explique por sí mismo:

> Desde hace largo tiempo los masones se ocupan de búsquedas interminables para desarrollar el verdadero objetivo de la Orden. De ello ha nacido una infinidad de sistemas muy diferentes, en el número y en que son horribles por sus consecuencias. Un estudio continuado de al menos 20 años en la Orden me ha permitido conocer muchos de esos sistemas: no tengo en absoluto la vanidad de creer conocerlos todos, cada nación puede tener los suyos particulares que adopta como el único y verdadero objetivo, censurando o desaprobando a todos los otros. Creo firmemente que todos aquellos que se apartan o no exigen la práctica de la moral más sana son falsos. Así pues, sólo se puede escoger entre el pequeño número de los de esta clase.
>
> (Carta al barón de Landsperg, 25 de noviembre de 1772)

Desde mi primera admisión en la Orden, he estado siempre persuadido de que encierra el conocimiento de un objetivo posible y capaz de satisfacer la honestidad humana. Partiendo de esta idea, he trabajado sin descanso por descubrirlo. Un estudio continuo de más de 20 años, una correspondencia particular considerablemente extensa con hermanos instruidos de Francia y de fuera de ella, el depósito de los Archivos de la Orden de Lyon, confiados a mi custodia desde hace diez años, me han procurado bastantes medios, gracias a los cuales he descubierto numerosos sistemas, a cual más singular. La sola inspección es suficiente para probar la futilidad de unos, la imposibilidad de otros, y en fin, para inspirar un justo horror por algunos más. Es inconcebible que tal multitud de hombres razonables se ocupen seriamente de parecidas quimeras. Todos los objetivos cualesquiera que no estén marcados con el cuño de la utilidad pública y particular, en los límites que los primeros principios de la Orden prescriben, me parecen evidentemente falsos.

(Carta al barón de Hund, 14-18 de diciembre de 1772)

En la continuación de esta segunda carta, Willermoz expone que la Gran Logia de Lyon no se presenta como el lugar propicio para tales búsquedas, lo que le condujo a dotarse de un instrumento adecuado, constituyendo un capítulo para que fuera una especie de «laboratorio» de altos grados:

En 1765, los conocimientos relativos a los misterios de la Orden; más allá del grado de Caballero de Oriente, se estaban multiplicando en este Oriente, así que, de los diferentes sistemas adoptados en diversos lugares con este mismo objetivo, algunos de los hermanos que eran poseedores de dichos sistemas decidieron formar

entre ellos un capítulo, el cual les estaría reservado sólo a ellos, con el fin de detener esa multiplicidad. Esta pequeña sociedad independiente de la Gran Logia de los Maestros, tomó el título de Capítulo de los Caballeros del Águila negra. Esta sociedad hizo una selección entre los conocimientos que adoptó, proscribiendo varios de ellos falsos y peligrosos por sus consecuencias, tuvo y continúa teniendo sus asambleas secretas, para evitar levantar demasiada curiosidad. Desde su fundación se ha mostrado muy crítica en la admisión de nuevos miembros, nombrando desde entonces para presidirla al Hermano Jacques Willermoz, doctor en medicina, agregado al colegio de Lyon y antiguo profesor demostrador real de química en la universidad de Montpelier.

Si yo no estuviera ligado a él por el doble título de hermano, me encontraría más libre para poder hacer el elogio de las bellas cualidades que esa elección merece, y que le han conservado en el ejercicio de este cargo que aún ocupa».

(Ibid.)

¿Qué panorama se ofrece ante nuestros ojos? Willermoz lo relatará él mismo a Charles de Hesse, quince años más tarde:

Podemos ver varios sistemas muy diferentes que, sin embargo, tienen multitud de analogías entre ellos en sus fines o en sus medios. Sólo voy a hablar aquí de aquellos que pueden conducir a algunos conocimientos de las ciencias naturales, y en absoluto de aquellos que no tienen ninguna relación directa con esas ciencias. Asimismo, no quiero hacer mención de la ciencia de evocación de los espíritus, que algunos, sobre todo en Alemania, han aplicado a la Masonería, porque lo que

hay de bueno en esa ciencia, pertenece a una clase más elevada y lo que se encuentra de malo, debería ser para siempre ignorado; sólo citaré a los principales de aquellos que, en ese género, han llegado a mi conocimiento.

Uno pretende que la Masonería enseñe alquimia, o el arte mercúrico de hacer la piedra filosofal y quisiera ver las logias amuebladas con hornos y alambiques.

Otro, despreciando el arte mecánico de los sopladores e igualmente el oro que buscan con tanto ardor, da un sentido más elevado a la ciencia hermética y parece emplear para conseguir su obra otros medios. De hecho esperan que, volviendo a encontrar la palabra perdida que buscan los masones, se obtendrá una panacea universal por medio de la cual se curarán todas las enfermedades humanas y se prolongará la duración normal de la vida. Finalmente otro, tomando un vuelo aún más elevado, pretende que se enseñe a los verdaderos masones el arte único o la ciencia de la gran obra por excelencia, por la cual, según el hombre adquiere la sabiduría, opera en sí mismo el verdadero cristianismo practicado en los primeros siglos de la era cristiana y se regenera corporalmente, renaciendo por el agua y por el espíritu según el consejo que fue dado a Nicodemo, quien se asustó. Este sistema, asegurando que conoce la verdadera materia de la obra, así como los verdaderos vasos, horno y fuego de la naturaleza por los cuales opera, asegura asimismo que, por la conjunción del sol y la luna y practicando exactamente lo que está indicado emblemáticamente en los tres grados simbólicos, se producirá un hijo filosófico en virtud del cual, el poseedor prolongará también sus días, curará las enfermedades y espiritualizará, por así decirlo su cuerpo, si tiene el coraje y la suficiente confianza como para ir a buscar la vida en los brazos de la muerte. Me detendré

aquí; estos sistemas y sobre todo los últimos, abarcan lo que todos los otros sólo indican parcialmente.

(Carta a Charles de Hesse, el 8 de Julio de 1781)[54]

---

[54] Gustave Bord, en su obra *La Franc-Maçonnerie en France des origines à 1815*, Tomo 1 (el único aparecido en 1908, reeditado por Slatkine, 1985), cita un documento fechado en 1746, titulado *Instructions générales sur le sublime grade de Chevalier de l'Aigle ou du Pélican, Souverain Prince Rose-Croix d'Hérédom, Parfait Maçon libre*. Se trata de un examen crítico del sistema en 25 grados al uso en la época, en el que los grados alquímicos dan lugar a una apreciación tan severa como la de Willermoz. Citemos dos extractos:
Sublime Filósofo. El oro, ese metal fuente de tantos crímenes y horrores y del que deberíamos pasar por alto, es el ídolo que buscamos con la mayor solicitud.
El Sublime Filósofo, título sublime y que solamente corresponde a aquél que lo es y no a un hombre cuya ocupación es absolutamente contraria; título que no debe ser concedido si no es a aquel que tiene la virtud por principio, que la práctica y que por medio de ella sabe hacerse dichoso, el Sublime Filósofo, decimos, ocupa su tiempo en el estudio de la riqueza de esa quimera, y pretende por sus descubrimientos igualar la ciencia del creador y del autor de su ser.
Caballeros del Sol y del Fénix. Esos grados son una mezcla de religión, de mercurio, de azufre y de otros ingredientes que entran en la composición de este precioso metal que Hir., así como Sal. poseían, pero que se ha perdido y que sólo se encuentra en algunos de los descendientes de esos famosos alquimistas o de sus discípulos. Buscarán en ese grado la virtud y el reposo después del trabajo inmenso que exige esta obra cuyo secreto no ha sido encontrado y que no se encontrará tal fácilmente. Ese grado acarrea relajamientos [sic] que provocan que, aquellos que los practiquen, se vanaglorien de poder encontrar el secreto. Se podría perdonar el intentarlo a hombres locos o insensatos. Pero para que hombres responsables se consagren y entreguen a un trabajo de este tipo sin la menor noción de química y sin el menor cono-

Son tantas masonerías que Willermoz, sin saber aún por qué, siente que son inferiores y falaces más tarde dirá «apócrifas». Aun así, prosigue su búsqueda de una masonería superior y auténtica de la que presiente su existencia. Reúne, colecciona, experimenta los grados; los elabora él mismo. Tal parece ser el caso, del grado Rosa Cruz, grado último (los Ingleses lo califican incluso en nuestros días de *nec plus ultra*) de un sistema en 25 grados practicados en Lyon alrededor del año 1765, el cual se convertiría en el Rito de Perfección, y futuro grado XVIII del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Alice Joly, y después de ella, Paul Naudon afirman que fue Willermoz quien hizo lo necesario para ponerlo a punto. Ciertamente, Naudon no es siempre fiable (aunque buen investigador, se equivoca a menudo en sus interpretaciones y deducciones) pero A.C. Jackson, el mejor conocedor inglés de la cuestión, adopta esta tesis. Si se mantiene esta tesis, ese grado Rosa Cruz sería el primer legado masónico de Willermoz.[55] ¡Y qué legado! En la versión en vigor en Inglaterra, es propiamente hablando, espléndido y espléndidamente cristiano y más todavía en su versión más próxima a sus orígenes practicada en el Gran Priorato de las Galias.

Es en el curso de esta investigación cuando Willermoz toma su primer contacto con la leyenda templaria, con dos cartas que recibe de un hermano de Metz, Meunier de Précourt. He aquí los pasajes más significativos:

---

cimiento físico de las otras ciencias necesarias para llevarlo a cabo, hace falta estar absolutamente desprovisto de sentido y exponerse a ser internado en un centro para el tratamiento de la salud mental (...)
(Bord, obra citada, anexo VI, pág. 535) (...).

[55] Sobre este punto, ver *in fine* mi *Retractatio*.

Sí, mi M.Q.H., habéis puesto el dedo en la llaga, descendéis de esos famosos y desafortunados templarios; pero distinguirlos de aquellos que la envidia, la avaricia y el orgullo trata de hacerlos parecer como criminales a ojos de todas las naciones de la tierra. Contempladlos como personas, que instruidas por grandes maestros, conocieron el secreto de la gran obra y amasaron por ese medio riquezas inmensas que fueron la causa de la destrucción de su Orden.

(Carta del 22 de Abril de 1762)

Y pretendo haceros ver que los Caballeros Rosa Cruz, que aparecieron en el norte en 1414, no son otra cosa que los templarios, quienes, poseedores de su gran secreto, aún subsisten en la mayor parte de Alemania, y que han comunicado a algunos miembros de la orden Teutónica.

(Ibid.)

Pregunta: ¿Cuál es el objetivo de la Masonería?

Respuesta: El presentar al Concilio ecuménico las pruebas irrefutables de las calumniosas imputaciones hechas a la primera orden del Temple, mostrar el soborno de los testimonios, los motivos que hicieron actuar a Felipe el Hermoso y a Clemente V, para conseguir hacer rehabilitar su memoria y reclamar sus bienes invadidos por la Orden de Malta (...).

(Carta del 13 de Septiembre de 1762)

Sin embargo, todo esto le debería parecer de muy poco valor, tal y como más tarde testimonió...

Y esa investigación obstinada prosiguió hasta...

1767-1774
EL DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD

Este descubrimiento tuvo lugar al dar con la *Orden de los Caballeros Masones Elegidos Coens del Universo* de Martines de Pasqually, en la cual fue recibido y luego avanzado en 1767 y 1768. Entonces se produjo la revelación a la que aspiraba desde siempre, y que coronando sus esfuerzos, le aportó la confirmación de que había tenido razón al perseverar en su búsqueda. Desde entonces, no ha dejado de comunicar a los otros masones las «luces con las que había sido gratificado». Tal es el sentido de su obra masónica.

De cómo fue ese encuentro y ese descubrimiento, y en qué términos, lo relata él mismo pocos años después:

> Ciertas felices circunstancias me procuraron la ocasión durante mis viajes de ser admitido en una sociedad bien estructurada y no muy numerosa, cuyo objetivo me sedujo, ya que me fue presentado fuera de las re-

glas ordinarias. Desde entonces, todos los restantes sistemas que yo conocía (pues no puedo juzgar a los que no conozco) me parecieron fútiles y repulsivos. Es el único en el que he encontrado esa paz interior del alma, la mayor ventaja de la humanidad, relativa a su ser y a su principio. Tengo la satisfacción de poder ver gustar la misma dulzor en los pocos émulos que se me ha permitido admitir a lo largo de cinco o seis años, bajo la dirección de mis jefes particulares. Con ellos, cultivo en silencio las instrucciones que he recibido, y todos juntos juzgamos, desde un punto de vista bien diferente del común de los masones, los emblemas que las logias simbólicas nos presentan.

(Carta al barón de Landsperg, el 25 de noviembre de 1772)

O en otra carta:

En uno de mis viajes, en 1767, tuve la suerte de ser admitido en una sociedad masónica poco conocida y bien estructurada. Lo sublime del asunto del que ella se ocupa y de la verdad de la que uno no puede permitirse dudar, cuando se alcanza el último grado, exige la mayor circunspección y entraña infinitas esperas. Teniendo la ventaja de ser conocido desde hace largo tiempo por los jefes, quienes me admiran, pasaron por alto en mi favor las formalidades ordinarias. Su deseo de ponerme en estado de formar un establecimiento en Lyon y de instruir a aquellos que creyera dignos, les llevó a hacerme avanzar rápidamente. Cada año me procuró nuevas luces y el tercer año me condujo al término final. Esta clase de masones que toman el título de Filósofos, pero en un género de filosofía bien distinta a la que ha hecho tantos progresos, está dividida en 7 grados, en la que todos los grados masónicos normalmente conocidos forman la parte simbólica. De to-

dos los conocimientos que haya podido adquirir hasta este momento, esta sociedad masónica es la que me ha parecido más satisfactoria, y la más adecuada para dirigir al hombre de bien.

(Carta al barón de Hund, 14-18 de diciembre de 1772)

Con la doctrina de Martines de Pasqually, enseñada en su Orden, la Masonería encuentra su verdadera naturaleza. Esta naturaleza, Joseph de Maistre, diez años más tarde en su memoria antes citada, la definiría así: «El gran objetivo de la Masonería será la ciencia del hombre» (pág. 97).

¿Qué quiere decir esto?

Que la Masonería dispensa a sus adeptos una ciencia del hombre y del universo, que forzosamente debe derivar del conocimiento de la acción divina en el uno y en el otro, ya que como lo escribirá Jean-Baptiste Willermoz: «Salomón y los fundadores de la Masonería primitiva no han tenido otro objetivo que el de conducir a los iniciados al conocimiento del hombre, del universo temporal y de los agentes espirituales que deben ejercer su acción, por decisión del Creador, hasta el fin de los tiempos» (Instrucción secreta a los Grandes Profesos).

Entonces, esta doctrina de Martines de Pasqually, ¿cuál es? Sebastian Mercier, en su Tableau de Paris (aparecido entre 1781 y 1790 en doce tomos), da un buen resumen:

La base del sistema es que el hombre es un ser degradado, castigado en un cuerpo material por sus faltas anteriores, pero al que el rayo divino que lleva incorporado, puede aún llevarlo a un estado de grandeza, de fuerza y de luz. Un mundo invisible, un mundo de

espíritus nos rodea. El hombre podría haber comunicado con ellos y ampliar por ese intercambio la esfera de sus conocimientos, si su mala intención y sus vicios no le hubieran hecho perder ese importante secreto. El hombre ha perdido la permanencia en la gloria, en la que no volverá a entrar hasta que sepa conocer ese centro fecundo donde reside la verdad, que es una e indivisible.

Para entrar más en detalle, aunque sea somero, digamos que esta doctrina es de naturaleza cabalística. Proviene de esa «cábala cristiana» (sería más adecuado decir: judeo-cristiana) de la que Pic de la Mirandola fue el primero y uno de sus más ilustres representantes. Martines, en efecto, era «a la vez judío y cristiano», según la expresión de Franz Von Baader en *Les Enseignements secrets de Martines de Pasqually*; Guénon cree, que podría haber tenido orígenes sefarditas. Como tal, esta doctrina es absolutamente tradicional. Se aproxima mucho, por ejemplo, a la de Reuchlin expuesta en su *De Arte Cabalistica* (1557). Posee las características habituales de toda cábala: exégesis simbólica y esotérica de la Biblia, numerología, cosmogonía y antropogonía, angelología, teosofía, cosas todas ellas que, por otra parte, no son solamente de orden especulativo y conceptual, sino que tienen como base rituales invocatorios, es decir, cuyas operaciones consisten en la invocación de ciertos nombres. Esto es lo que se entiende, propiamente hablando, por «prácticas cabalísticas», aunque también es cierto que los cabalistas no son únicamente, o al menos esencialmente, sabios de gabinete.

En cuanto al sistema elaborado por Martines de Pasqually, es el primer sistema masónico cuya subsistencia

iniciática, y por consecuencia el ritual iniciático, está enteramente fundamentada sobre:

la caída del hombre de su estado original glorioso,

y

su retorno, su reintegración por medio de la iniciación a ese estado primitivo, cuya iniciación para poder ser operada, exige la intercesión y la acción del «Gran Reparador» que es el Cristo.

Tenemos pues relación con un tema fundamentalmente cristiano, de una perfecta ortodoxia. Expresado en términos patrísticos es el de la imagen y semejanza: la pérdida, y luego la restitución en el hombre, de la semejanza a la imagen que perdura inalterable. Es esto mismo lo que expresa la primera divisa del primer grado del Régimen Escocés Rectificado: «El hombre es la imagen inmortal de Dios; pero, ¿quién podrá reconocerla, si él mismo la desfigura?».

El objeto y el objetivo de la iniciación es, pues, el retorno de la deformidad a la conformidad, del estado caído al estado anterior a la caída. Ello está claramente indicado en el título del Tratado en el que Martines había empezado (ya que la obra permanece inacabada) la exposición de su obra, título que íntegramente, se lee así: *Tratado sobre la reintegración de los seres creados en sus primitivas propiedades, virtudes y poderes espirituales divinos.*

La famosa definición que Saint Martin da de la iniciación en su *Tableau des rapports qui existent entre Dieu, l'homme et l'univers* (Cuadro de las relaciones existentes entre Dios, el hombre y el universo) no dice otra cosa:

La palabra «iniciar», en su etimología, quiere decir

aproximar, unir al principio: significando la palabra *initium* tanto principio como comienzo. Y desde entonces, nada es más conforme a todas las verdades, que la costumbre de las iniciaciones en todos los pueblos, nada más análogo [= apropiado a] la situación y la esperanza del hombre, que la fuente de donde descienden todas las iniciaciones y que el objeto que ellas han debido proponerse en todas partes: que es el de anular la distancia existente entre la luz y el hombre, o la de aproximarle a su principio, restableciéndole al mismo estado en el que era al comienzo.

Desde ese momento y plenamente convencido, Willermoz va a ponerse manos a la obra. Sin embargo, no sin dificultad debido a la personalidad compleja y ambigua de Martines, que con frecuencia tardaba demasiado tiempo en enviar los cuadernos de los grados, las instrucciones de trabajo, y a la vez multiplicaba sus demandas de dinero. Willermoz fue irritado a menudo por el hombre; sin embargo, al igual que Saint Martín, no perderá la fe en la autenticidad del mensaje y la doctrina de ese hombre, en despecho de las debilidades de las que era portador. ¡Sabia distinción, que debería inspirarnos siempre!

Así por ejemplo, de 1774 a 1776, tuvieron lugar en Lyon lo que Robert y Catherine Amadou, han publicado en su integralidad bajo el título las *Lecciones de Lyon*[56]. Organizadas quizás por Willermoz, con su par-

[56] *Les Leçons de Lyon aux Elus coëns, un cours de martinisme au XVIIIe siècle*, par Louis-Claude de Saint-Martin, Jeac-Jacques du Roy d'Hauterive et Jean-Baptiste Willermoz. Paris, Dervy, 1999, nueva edición 2011. Antoine Faivre dio una primera edición menos completa bajo el título *Les conférences des Elus coens de*

ticipación, la de Saint Martin y la de Hauterive, fueron una especie de «repeticiones» del *Tratado de la Reintegración*, que constaban de aclaraciones y desarrollos de algunos puntos de la doctrina, que habían quedado un tanto oscuros, por razón de la partida del maestro a Santo Domingo en 1772, y su posterior muerte en 1774. En 1822, y con 92 años, Willermoz aconsejará a su antiguo discípulo Jean de Turkheim, hacer del Tratado su lectura cotidiana y no dudar en reemprenderla tres veces más si fuere necesario, a fin de impregnarse a fondo, antes de acometer el menor trabajo de análisis intelectual y, como él decía «de explicaciones verbales»: es preciso sentirlo con el corazón antes de comprenderlo con el espíritu. Se nota que esos consejos son fruto de una experiencia vivida...

Sin embargo se presentaba un serio problema. Para hacer compartir la verdad y comunicar la luz, hace falta un auditorio, un público. Desde este punto de vista, las tentativas de Martines se saldaban en un auténtico fiasco. El sistema masónico que éste se había esforzado por implantar en Francia desde 1754, continuaba siendo veinte años más tarde poco más que marginal. En 1767 contaba con dos «templos», y con ocho en el año 1772.

Ciertamente, es preciso tener en cuenta los sobresaltos que habían afectado la vida masónica francesa de esa época. Como consecuencia de los desórdenes y violencias que habían hecho de la asamblea anual de la Gran Logia en 1767 un objeto de risa y escándalo, el Gran Maestro, el conde de Clermont, había suspendido todas las reuniones masónicas, y esta situación perduró

Lyon (1774-1776) aux sources du Rite écossais rectifié (Editions du Baucens, 1975).

hasta su muerte en 1772. Pero, visto de otra manera, quizá esa situación fue beneficiosa para los Elegidos Coens, que pudieron reunirse sin tener que rendir cuentas a nadie y dedicarse apaciblemente a sus trabajos doctrinales y teúrgicos.

En realidad, la verdadera dificultad era debida a la heterogeneidad radical de esta doctrina, propiamente esotérica, en relación a las características (descritas anteriormente) de la masonería de su tiempo, así como a la intransigencia de Martines que contemplaba su propia Masonería como la única auténtica. Por así decirlo, era más bien una pseudo o una cripto-masonería, o quizá mejor aún, y si se nos permite la expresión, una «masonería más allá de la masonería».

Y he aquí que sobrevienen dos hechos providenciales. El primero, cínicamente hablando, es el alejamiento, y luego la desaparición del Maestro, que deja el campo libre a los discípulos, permitiéndoles en particular el acercamiento a otras formas masónicas (lo que la sola presencia física de Martines hubiera impedido). Y el segundo, es el encuentro por parte de Willermoz de un sistema masónico hasta ese momento desconocido en Francia pero prestigioso en Alemania: la Estricta Observancia o Masonería Rectificada. Este encuentro va a dotar a la doctrina martinesista de la forma masónica que le hacía falta.

1774-1782

LA ENCARNACION (O LA PUESTA EN PRÁCTICA) DE LA VERDAD

Todo empezó por un malentendido, y a consecuencia de un primer contacto por mediación y a iniciativa de una logia de Estrasburgo, la *Candor* en 1772, seguido de un intercambio de cartas con el barón von Weiler, emisario por su parte del barón von Hund. Preguntado para que aclarara los objetivos que este último se asignaba, Weiler respondió entre otras cosas:

> Puedo asegurarle que no nos entretenemos en charlatanerías, sino que tenemos como objetivo restablecer la Orden, en la medida de nuestras posibilidades y que los tiempos que corren lo permitan, a su primer estado, de la que tenemos su verdadera y legítima historia. Así pues comprenderá perfectamente, que siendo esto un asunto razonable, todos nuestros trabajos deben estar

por consecuencia exentos de toda frivolidad.

(Carta del barón Weiler del 18 de marzo de 1773)

«Restablecer la Orden a su primer estado»: en el espíritu de los miembros de la Estricta Observancia estaba restablecer la Orden del Temple. Pero Willermoz entendió esta formulación en un sentido totalmente diferente: creyó entender que de lo que se trataba era de restablecer la Masonería en su estado primitivo, que era el suyo antes de que degenerara, tal y como se había producido en Francia y en todas partes donde había podido investigar. La confusión resulta evidente de la carta que había dirigido antes a Hund y a la cual Weiler responde, pero al margen:

Sin embargo, estoy plenamente convencido de que la masonería simbólica, reducida a su simplicidad inicial, es una verdadera escuela de virtudes, por medio de la cual se ha querido extenderla a diferentes sistemas que la han adoptado desfigurando a veces el fondo; que lo que ha sucedido puede volver a suceder en los siglos venideros, según sea el punto de vista de aquellos que quiera hacer uso de ella, sin que sin embargo pueda uno asegurarse, por medio de las investigaciones más precisas sobre nuestro origen cuya historia se pierde en la noche de los tiempos, y sobre cuál es el objetivo que esencialmente le ha podido ser propio desde su establecimiento, estoy interesado en conocer, en toda su extensión, si ello es posible, aquel que las R. Logias de Alemania han adoptado en estos últimos tiempos, convencido como estoy de que todo lo que es bueno y útil en sí mismo, aunque en géneros diferentes, puede muy bien aliarse conjuntamente.

(Carta al barón de Hund, 14-18 de diciembre de 1772)

El malentendido estaba servido: para Hund y los suyos, la Masonería velaba la Orden del Temple; para Willermoz y su grupo, la Masonería es más antigua y más esencial que la Orden del Temple, y no hizo más que pasar durante algún tiempo a través de ésta última.

A pesar de ello, la «rectificación» de los Hermanos interesados, es decir, su adhesión a la Estricta Observancia, también dicha masonería rectificada o reformada de Dresde, o Reforma de Dresde, se lleva a cabo en 1773 para los Hermanos de Estrasburgo y en 1774 para los de Lyon y los de Burdeos.

Y de pronto, ¡qué gran contrariedad para Willermoz!, se da cuenta que el gran secreto, la palabra final de la historia, era que los Templarios se estaban perpetuando bajo la cobertura de la Masonería. «Revelación» que no sólo ya conocía, sino que venía enseñando desde hacía largo tiempo. Esto es lo que debió relatar ante el convento de Wilhelmsbad el 29 de julio de 1782:

> Desde el año 1752, es decir hace ya 30 años, habiendo sido elegido para presidir la logia que me había recibido, y no teniendo ninguna conexión, ni con el difunto Reverendo Hermano ab Ense [es decir Weiler], ni con ninguno de los partidarios de su sistema, me di cuenta de que aquellos a los que confería el 4° grado de la logia se convertían misteriosamente en sucesores de los Caballeros Templarios y de sus conocimientos; así lo repito y así lo he repetido durante 10 años como lo había aprendido de mi predecesor, quien a su vez lo aprendió de una antigua tradición cuyo origen desconocía.

Había razones para que Willermoz se «quedara pasmado» viéndose llevado de este modo casi a su punto de partida —acordémonos de las cartas de Meunier de

Précourt. Es la misma expresión que emplea cuando, narrando su contratiempo en una carta a Charles de Hesse del 12 de octubre de 1781, dice que habiendo sometido a Weiler a un interrogatorio un tanto riguroso, se había «quedado pasmado al comprobar la profunda ignorancia de éste sobre las cosas esenciales y su poca disposición por adquirirla». Es más, al compulsar los cuadernos de los grados de la Estricta Observancia, no encontró decía, «más que un sistema sin bases y sin pruebas», lo que acabó por disgustarle totalmente.

Asimismo, no hay ninguna duda que compartía, aunque no lo expresara de una manera tan radical — mantuvieron contacto, si no personalmente, a buen seguro por escrito— la opinión que Joseph de Maîstre exponía por esa misma época en su memoria al Duque de Brunswick:

> Desde hace algunos años han tratado de mostrarnos bajo la apariencia de alegorías masónicas, las vicisitudes de la Orden de los Templarios (...). Si nuestras ceremonias son realmente el emblema de las vicisitudes de la Orden de los Templarios, no nos queda otra cosa que deplorar el haber sido masones; ya que en ese caso, habremos empleado nuestro tiempo y nuestras facultades de manera muy poco filosófica (...). Por hablar sin ambages, ¿qué le importa al universo la destrucción de la Orden de los Templarios. El fanatismo los creó, la avaricia los abolió, eso es todo (Memorias, pág. 82).

Y más adelante:

> Parece, pues, que todo nos invita a hacer un divorcio completo con la Orden de los Templarios (...). En una palabra, si la masonería no es otra cosa que el emblema de los Templarios, ésta no es nada, y hay que trabajar

sobre un nuevo plan. En cambio, si es más antigua, es una razón de más para que los hombres renuncien a las vanas fórmulas y dejen las palabras por las cosas (Ibid. pág. 87).

¿Qué hacer?, se preguntaba Willermoz. Decíamos anteriormente que se había visto llevado a su punto de partida. Esto no es enteramente cierto. Se encuentra ahora en posesión de dos elementos de valor: una forma noble, bella e incluso suntuosa, prestigiosa, atrayente; y una doctrina de la que tiene la certeza que es verdadera. Pues bien, esos dos elementos, los va a ajustar y reunir en uno solo, y es en esto precisamente en lo que consiste su obra. Va a extraer del sistema de Martines de Pasqually, la Orden de los Elegidos Coens —sin por otra parte tocar nada de ésta— el tesoro que ella encierra: su doctrina, e infundirla, incorporarla, a esa forma inerte, a ese cuerpo sin espíritu que era la Estricta Observancia, después de haber despojado previamente a ésta última de su embarazoso enclaustramiento templario. En definitiva, va a «destemplarizar» la Estricta Observancia para hacerla martinesista, y lo resultante será: el Régimen Escocés Rectificado.

Esta mutación no escapa por entero a los observadores atentos, sobre todo cuando, como en este caso que vamos a citar, la malevolencia afila su agudeza de espíritu. Se trata del autor anónimo que anteriormente hemos citado y de su apreciación respecto a los «dulzores» y «placeres picantes» de las ceremonias que él presenta como «copiadas de los compañeros del deber». A lo largo de su texto, pasa revista a las desviaciones de las que la masonería ha sido victima, y lo hace en estos términos:

Algunos partidarios del pretendiente al trono de Inglaterra[57] creyeron que podían sacar partido de la confraternidad, con el fin de proporcionarse en secreto recursos y colaboradores para la restauración de su maestro al trono de sus padres (...). Hacia 1740, llegaron más lejos en sus propósitos al conseguir numerosos partidarios por medio de encender diferentes pasiones a la vez y haciendo considerar la Masonería como la cuna del

[57] Se trata aquí de Charles-Edouard Stuart, dicho «el joven Pretendiente» para distinguirlo de su padre, «Jacques III», a su vez hijo del rey destronado Jacques II. Von Hund daba a entender que había sido armado caballero del Temple por el Pretendiente mismo al que habría reconocido bajo su nombre de Orden de Eques a Penne rubra, y que este último lo había nombrado Gran Maestro de la VII[a] provincia.
Veinticinco años más tarde, aprovechando que el duque de Sudermania, futuro rey Carlos XIII de Suecia, acababa de ser elegido Gran Maestro de la misma provincia, se quiso poner el asunto en claro. Ferdinand de Brunswick y Charles de Hesse enviaron a Florencia, donde el Pretendiente residía bajo el nombre de conde de Albania, a un emisario de confianza, Wachter, con el encargo de interrogarle respecto a su supuesta pertenencia a la Francmasonería y sobre las altas funciones que habría ejercido en ella. Charles-Edouard lo negó todo en redondo. Y según Le Forestier, que relata todo esto en detalle en su *Franc-Maçonnerie occultiste et templière...* (*Cf.* Bibliografía) está convencido que calificarlo de masón sería una superchería. Es lo que todo el mundo viene repitiendo desde entonces.
Pero un investigador de nueva generación, André Kervella, ha cambiado de arriba abajo dicho convencimiento tras el descubrimiento de diversos temas, en particular, sobre la masonería Escocesa (no confundir con la «masonería escocesa». En un libro muy reciente: *Les rois Stuart et la Franc-Maçonnerie* (*cf.* Bibliografía) demuestra, aportando documentos de archivo (hasta entonces no explotados), que la respuesta de Charles-Edouard era mentira. Da las razones, a la vez políticas y religiosas, de esta mentida en dicha obra.

restablecimiento de los Templarios, siendo este sistema propagado con un increíble frenesí (...). Sin embargo, como que todas las instituciones humanas son efímeras, los intrigantes pronto tuvieron necesidad de avivar el relajado entusiasmo; hacia falta algo nuevo, y rápidamente añadieron a la Masonería el atrayente y engañoso cebo de la ciencia hermética o mejor aún alquímica. Es sobre todo en 1756 cuando el tópico del masón soplando el hornillo del atanor estuvo más en boga. En 1764, hombres interesados y astutos volvieron a difundir el sistema fantástico y casi desacreditado de los Masones Templarios, pero, gracias a la pasada experiencia, dieron un mayor atractivo a su renovación mediante formas mas metódicas, más brillantes, por medio de la suma de privilegios, y sobre todo por pensiones más o menos considerables y esperanzas sin límites.

Por muy brillantes que hayan sido los éxitos de este régimen de orgullo y codicia, en 15 años se ha visto su nacimiento, su desarrollo y su decadencia. Al poco tiempo, charlatanes e impostores entraron en escena e hicieron una revolución en la Masonería, al suponerle como objetivo secreto las distintas ramas de las ciencias ocultas. Hermanos, tal vez más activos que prudentes, imbuidos por ideas científicas, místicas, etc., llevaron hasta el colmo la incertidumbre de masones observadores, a causa de las nociones que quisieron incorporar a la Masonería, como por ejemplo, durante la asamblea general del Régimen de la Estricta Observancia que tuvo lugar en Wilhelmsbad en 1782.

Como podemos ver, nadie escapa a los dardos de esta despiadada polémica, tan devastadora que en su conjunto, su autor apunta y hace diana.

Fuera como fuere, Willermoz se pone manos a la obra con algunos colaboradores escogidos, entre ellos dos

hermanos de Estrasburgo, Rodolphe Saltzmann y Jean de Turckheim. El trabajo fue realizado sobre tres frentes. Hubo que hacer a la vez:

1) Elaborar un método de exposición, de enseñanza y de transmisión tanto intelectual como ritual de la «verdadera ciencia masónica», el cual no era otro que la doctrina de Martines de Pasqually;

2) Remodelar la estructura y los rituales de los grados de manera que éstos se convirtieran en los soportes apropiados a esta transmisión, y

3) Por una parte cerrar el acceso a las pistas falsas que pudieran perder a los investigadores, por ejemplo la filiación templaria o las investigaciones alquímicas;

4) y por otra mantener abiertas las vías de acceso que permitieran a otros hermanos de otros sistemas masónicos, principalmente franceses y alemanes, agruparse y «reunirse» un día en la Masonería rectificada (no olvidemos que las logias del sistema se titulaban «logias reunidas y rectificadas») y, por ello, conservar algunas similitudes formales: efectivamente, de ese modo se podía esperar «que se llevara a cabo una reunión general de todos los ritos y sistemas masónicos» y «establecer la Orden, rápidamente o sucesivamente, en un sólo y único Régimen». Así, el Régimen Rectificado podría, restaurando la verdadera Masonería primitiva, convertirse en el Centro de la unión, que es la razón de ser de una Masonería auténtica.

A ese efecto, el régimen es dotado de una estructura centrípeta: a partir de formas periféricas poco diferenciadas de las formas masónicas contemporáneas (rito francés o grados escoceses), el carácter específico se acusa más y más a medida que se penetra en su interior y cuando se progresa hacia el centro, y las enseñanzas

dispensadas se convierten en más explícitas y espiritualmente operatorias.

Esta obra recibe su sanción oficial en dos etapas: a nivel nacional, por el convento de las Galias, en Lyon (noviembre-diciembre de 1778); luego, a nivel internacional por el convento de Wilhelmsbad, en Alemania (agosto-septiembre de 1782).

EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

Esta arquitectura concéntrica del Régimen Rectificado en su forma completa se presenta como sigue:

1) La clase simbólica u orden masónica (en sus escritos ulteriores, Willermoz emplea exclusivamente la primera denominación) con los cuatro grados de Aprendiz, Compañero, Maestro y Maestro Escocés de los que esa clase se compondrá a partir del Convento de las Galias.

2) La Orden interior con sus dos grados de Novicio y Caballero.

Estas dos primeras clases, son las «clases ostensibles» del Régimen.

Viniendo a continuación:

3) La doble clase secreta «que sólo será conocida por los mismos que la componen», de la Profesión y la Gran Profesión.

Finalmente, pero a partir de aquí, dejamos el régimen rectificado propiamente dicho:

4) El *nec plus ultra*, sepultado bajo el velo de un denso misterio, la Orden de los Caballeros Masones Elegidos Coens del Universo, con sus siete grados.

En esta serie, es preciso sin embargo hacer una clara distinción entre la Orden de los Elegidos Coens y el resto. La Orden de los Elegidos Coens es la obra de Martines de Pasqually y de él únicamente. Willermoz, que la ha reverenciado y respetado infinitamente, la mantiene en vida después de la muerte de su fundador, pero se guarda muy bien de tocarla. Si bien sitúa esta Orden en el corazón de su propio sistema, mantiene su existencia absolutamente en secreto y solo levanta el velo de esta discreción a toda prueba que en favor de algunos confidentes muy escogidos. Una cosa de la que hay de ser consciente, es que aún y estando situada en el centro de la Orden Rectificada, la Orden Coen ya no es la Orden Rectificada. Pasando de la una a la otra, se cambia literalmente de mundo. No corresponde pues a nuestro estudio, y no diremos nada más sobre ella.

Todo el resto, es decir los cuatro grados simbólicos, los dos grados de la Orden interior y las dos clases de la Profesión, es verdaderamente la obra de Willermoz, como inspirador y como autor principal.

Una cosa interesante a notar de paso es que Willermoz gustaba de este tipo de arquitectura concéntrica, puesto que ya había puesto en práctica un anteproyecto que, en su carta de presentación a Hund, de la que ya hemos dado varios extractos, describía así:

> Por la exposición que os hago, podéis ver que existe en Lyon, independientemente de las logias particulares, tres clases masónicas de diferente especie. La primera es la Gran Logia de los maestros, inspectora de los trabajos de las logias particulares, hasta y comprendiendo

el grado de Caballero de Oriente, presidido por el R.H. Gaspard Sellonf, antiguo y excelente masón. La 2ª es el capítulo de los Caballeros de la Aguila negra, Rosa Cruz, del Sol, etc., etc., etc., presidida por el R.H. Jacques Willermoz, médico, quien, excesivamente ocupado por los deberes de su estado, no puede estar en ninguna logia y se limita a visitarlas en los momentos que puede sustraer a sus asuntos. La 3ª y menos numerosa es el Templo de los Elegidos Coens, que tengo el gusto de presidir. Esta última, que, por lo sublime de su finalidad, exige una mayor circunspección, escoge entre todas las otras clases que le sirven de escuela los sujetos que le parecen más apropiados. La 2ª escoge los suyos de la 1ª y en las logias particulares cuyos Venerables forman la Gran Logia de los Maestros. Esta progresión que aquí establezco tiene por objeto ofreceros suficientes explicaciones como para que podáis indicarme el camino que os plazca prescribirme.

(Carta al barón de Hund, 14-18 de diciembre de 1772)

Pero lo mejor es dejar que Willermoz presente él mismo su sistema. Esto es lo que debería hacer en el Convento de Wilhelmsbad en Preámbulo leído en la sesión del 29 de julio de 1782[58]. Cedámosle pues la palabra (los subtítulos son nuestros):

La primera clase u Orden Masónica:

La provincia de Auvernia propone que el futuro Régimen esté dividido en tres clases distintas, de las que dos serán ostensibles en el Régimen, y la otra sólo será

[58] El «Preámbulo» de Jean-Baptiste Willermoz está publicado en los *Cahiers Verts*, número Hors Série *Les Convents du Régime Ecossais Rectifié*, Editions du Simorgh, 2005, págs. 52 a 63 y 73 a 80.

conocida por aquellos que la componen, a fin de que por una parte no provoque ninguna envidia, y que por otra no esté expuesta a inoportunas peticiones. Según este plan, cada una de las clases tendrá el número y la especie de grados relativos a su objetivo particular. La primera clase, dicha simbólica, queda compuesta de los tres grados fundamentales de aprendiz, compañero y maestro, y de un cuarto grado simple o compuesto bajo la denominación de Escocés el cual, aunque siendo simbólico, no obstante empezará a desarrollar un poco el sentido particular, que se acuerde, para cada uno de los tres primeros. Esta clase constituirá la Orden Masónica y estará regida por la segunda, ya que la 3ª o última no deberá tener ninguna parte o influencia particular en la administración del Régimen.

La primera tendrá por único objeto el estudio y la práctica de las virtudes morales, sociales, religiosas y patrióticas, y de una beneficencia activa que la haga útil a la Orden, a las diversas sociedades e individuos que la componen, y a la humanidad en general; sin prohibir en absoluto a los individuos de las Logias o sociedades que tengan la aptitud y las ocasiones de penetrar en el sentido más elevado de los símbolos y emblemas masónicos, la facultad de procurarse las luces en ese aspecto, y sin que éstos estén obligados a comunicarlas a la Logia o al Capítulo aquellas que hayan podido adquirir.

(El «sentido particular» del que se hace mención es, ya lo habrán comprendido, la doctrina martinesista, progresivamente desvelada de grado en grado, hasta la obtención de la facultad de «penetrar el sentido más elevado de los símbolos y emblemas masónicos», facultad que no se adquiere en las Logias o en los Capítulos, sino más allá).

La segunda clase u Orden Interior:

La segunda clase será el término final reconocido de la Masonería, y constituirá la Orden interior a la cual será confiada la administración del Régimen. Ésta conservará una Orden de Caballería bajo el título de Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa, con un ceremonial particular análogo a esa denominación, lo que establecerá o conservará una conexión con la antigua Orden de los Templarios, o como sucesores, no de sus posesiones sino de sus conocimientos, o como sus predecesores: ya que esta conexión puede ser cogida bajo este doble aspecto, puesto que los Caballeros de la Ciudad Santa, pobres y existiendo por su propia voluntad, han precedido, en la misma Orden, a los Caballeros Templarios convertidos en ricos y poderosos. Ya que, es esa Orden rica y poderosa la que fue extinguida, y no la Orden primitiva pobre y sin apoyo (...).

La Orden interior tendrá dos grados: el del noviciado y el de la Caballería. Será regida y administrada poco más o menos como lo es en nuestro sistema actual, salvo las modificaciones que sean juzgadas convenientes por el convento; y en el caso de que el plan le parezca adecuado, la Provincia de Auvernia ha hecho redactar una fórmula de noviciado para serle presentado y que yo someteré a su examen cuando ésta lo estime oportuno, haciendo observar de paso que todos nosotros hacemos profesión de cristianismo, mientras que la Masonería simbólica está totalmente fundamentada sobre el Antiguo Testamento, y que esta nueva fórmula establece una transición natural de la antigua ley a la ley de gracia bajo la cual trabajamos.

La tercera y última clase:

Esta tercera clase es la de la Gran Profesión, que co-

rona el conjunto, y donde se encuentra desvelado el objeto real de la iniciación auténtica. Sobre ella, Willermoz se expresa con reticencia, por razones que hemos analizado en otra parte[59]. Y por tanto, ahí está la piedra angular del conjunto —y también su piedra de toque— que cada cual juzgue según su criterio.

El artículo primero de la Grande Profesión dispone:

> Artículo primero: La gran profesión de la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa es el acto gracias al cual, los caballeros y hermanos de las clases inferiores de la misma Orden que son encontrados dignos de ello son iniciados, después de las pruebas requeridas, en el conocimiento de los misterios de la antigua y primitiva Masonería y se les reconoce estar preparados para recibir la explicación y el desarrollo final de los emblemas, símbolos y alegorías masónicas.

Por otra parte, en una carta a Saltzmann, treinta años más tarde (mayo de 1812), Willermoz declarará:

> La iniciación de los Grandes Profesos instruye al masón probado, al hombre de deseo, sobre el origen y la formación del universo físico, de su destino y de la causa ocasional de su creación en tal momento y no en otro; de la emanación y la emancipación del hombre en una forma gloriosa, y de su sublime destino en el centro de las cosas creadas; de su prevaricación, de su caída, del favor y la necesidad absoluta de la Encarnación del Verbo mismo para su redención, etc. Todas estas cosas de las que se deriva un profundo sentimiento de amor y confianza, de temor y respeto, y de vivo reconocimiento de la criatura por su Creador han sido perfectamente conocidas por los jefes de la Iglesia durante

[59] Ibid. págs. 69-70.

los cuatro primeros siglos del cristianismo.

Pero desde entonces, estas cosas se han ido perdiendo y borrando sucesivamente, hasta tal punto que actualmente, tanto en su país como en el nuestro, los ministros de la religión tratan de innovadores a todos aquellos que sostienen la verdad. Ya que esta iniciación tiene por objeto restablecer, conservar y propagar una doctrina tan luminosa y útil, ¿por qué no se ocupa de ese cuidado, y sin amalgama, la clase que le está especialmente consagrada?

El convento de Wilhelmsbad, como se sabe, ratificó la obra de Willermoz (la Reforma de Lyon) con una única excepción, pero importante: la existencia de una clase secreta de Grandes Profesos no fue admitida. Los motivos de ese rechazo, tanto o más paradójico cuando el convento contaba con al menos ocho de ellos entre los presentes, incluyendo sus dos presidentes, el duque Ferdinand de Brunswick y el príncipe Charles de Hesse, no aparecen muy claros. Sería interesante dilucidarlos.

Así, oficialmente, el Régimen Rectificado no deberá incluir jamás esta clase secreta. Innegablemente, esto fue para Willermoz un fracaso, y un fracaso serio ya que, sin la Gran Profesión, el sistema por él edificado quedaba gravemente amputado, privado por ello de su cima, de su coronamiento, de su piedra angular, casi de su razón de ser. La contrariedad de Willermoz debió ser grande. Además, en la práctica, no había tenido en cuenta esta laguna en las decisiones que él hubiera querido que el convento tomara.

En primer lugar porque atribuía a la Gran Profesión una importancia demasiado grande, demasiado esencial, como para detenerse por la incomprensión y la fal-

ta de discernimiento de un puñado de legisladores, aunque éstos fueran masónicos. Y también por la simple y buena razón que la Gran Profesión no estaba por crear sino que ya existía. Continuaría funcionando como lo había hecho desde hacía varios años bajo el manto de la discreción más opaca. Lo que de alguna manera dejaría a Willermoz las manos libres para decidir las admisiones.

DESPUÉS DE WILHELMSBAD

Así pues, a su término, el 1 de septiembre de 1782, el convento se saldaba aparentemente con la victoria de las concepciones de Willermoz y de su sistema, aunque en realidad, eso no era más que aparente. Para empezar, lo acabamos de ver, el sistema oficialmente ratificado y codificado permanecía incompleto, descoronado. Además, Alemania jamás lo aceptó realmente, oponiendo una resistencia pasiva a las decisiones de Wilhelmsbad y a la actitud reprobatoria de Ferdinand de Brunswick, quien finalmente terminó por cansarse. En fin, las circunstancias se entremezclaron: si los rituales de los tres primeros grados fueron rápidamente acabados de redactar y oficialmente aprobados en 1787 por el Magnus Superior, no sucedió lo mismo con el del cuarto grado, y en su carta ya citada a Charles de Hesse, de fecha 10 de septiembre de 1810, Willermoz relata cómo la borrasca revolucionaria obligaba a interrumpir la redacción, que no pudo ser terminada por él mismo, hasta diez años más tarde, en 1809.

Si después de la Revolución hubo distintas tentativas de reactivación: en Marsella, Aix, Besansón, Montpelier, Estrasburgo y París (en torno a la logia *Le Centre des Amis*, que abandonó por aquel entonces el Rito francés por el Rito rectificado y emprendió el erigirse en Directorio de Neustria), éstas resultaron tímidas y abortaron al cabo de poco tiempo.

Y es que los tiempos no eran propicios. La evolución acelerada de la masonería francesa hacia la secularización y la politización dejaba pocas oportunidades a un sistema tan exclusivo como el Rectificado y a su adhesión a un esoterismo puramente cristiano.

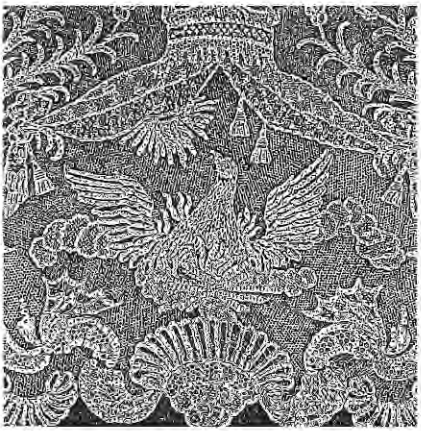
Más que vivir, no hizo otra cosa que malvivir hasta la desaparición en 1824 de Willermoz, quien durante sus veinte últimos años, había hecho, según palabras de Le Forestier, el «papel de patriarca y doctor místico». Algunos focos subsistieron aún como pudieron hasta 1870-1875, particularmente en Besansón. Después de esto, todo estuvo terminado, por lo menos en Francia.

No obstante el Régimen se mantuvo en Suiza, donde fueron a buscarlo algunos Hermanos del Gran Oriente, quienes decidieron en 1910, despertar el *Centre des Amis* en el Rito Rectificado y que, ante la imposibilidad de llevar a buen fin tamaña empresa en una obediencia dedicada por entero al ateísmo militante, tomaron su independencia en 1913, origen de la fundación de la Gran Logia Nacional Independiente y Regular para Francia y las colonias francesas, convertida posteriormente en la Gran Logia Nacional Francesa. Más tarde,

en 1935, fue fundado por Camille Savoire, el Gran Priorato de las Galias.[60]

No solamente, al igual que el Fénix, el Régimen Rectificado renacerá de sus cenizas —aún frágil, sin duda alguna, y expuesto a rudas y nuevas peripecias antes de recobrar una forma perfecta— sino también fiel a su vocación, llevará a la Masonería o al menos a una parte de ella, por la vía recta.

[60] Sobre estos acontecimientos, leer de Jean-Marc Vivenza, *Histoire du Grand Prieuré des Gaules, le Régime Ecossais Rectifié du XVIIIe siècle à nos jours*, Editions du Simorgh, 2011.



Fénix en un Alba
hecha a mano en encaje de bolillos
(siglo XVIII)

¿Y ACTUALMENTE?

Lo que describía Willermoz bajo la denominación de «primera» y «segunda clase» existe todavía, pero según una repartición que varía según sean las circunstancias históricas que acabamos de relatar.

Durante cuarenta y dos años, los cuatro grados simbólicos se han encontrado disociados, como consecuencia de un acuerdo llegado en 1958 entre el Gran Priorato de las Galias y la Gran Logia Nacional Francesa. Conforme a la concepción inglesa que sólo reconoce tres de estos grados (sin embargo la Gran Logia de los Antiguos era una «Logia con cuatro grados» pero esa concepción no sobrevivió a la Unión de 1813), la gran Logia administraba las logias «azules» donde eran conferidos los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, mientras que en las logias de San Andrés, dichas «verdes», en las que era conferido el de Maestro Escocés de San Andrés (la referencia a San Andrés fue añadida posteriormente en Wilhelmsbad) dependían del Gran Priorato de las Galias, órgano superior del Régimen en Francia, que administraba igualmente la Orden interior,

con sus Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa y sus Escuderos Novicios.

Pero la Providencia vela sobre todos nosotros. En el año 2000, la Gran Logia Nacional Francesa rompió brutalmente y de manera ilegal la convención de 1958, por lo cual fue condenada por la justicia civil, a la que el Gran Priorato de las Galias se vio obligado a acudir en defensa de sus derechos. A consecuencia del rompimiento unilateral la clase masónica fue reconstituida en su integridad. Dicha clase será regida en lo sucesivo por una Gran Logia Reunida y Rectificada[61] bajo la égida del Gran Priorato de las Galias, el cual conserva la administración directa de la Orden caballeresca. De este modo, el Régimen, esta columna anteriormente truncada en su base, ha sido completamente restaurado.

En cuanto a la Gran Profesión, por su parte, aparentemente, también desapareció. Los Grandes Profesos se perpetuaron en Francia y sobre todo en Alemania, pero bajo formas extra-masónicas, disociando completamente la existencia de sus Colegios de la supervivencia de un sistema masónico aparentemente destinado a la desaparición. Indiferentes a la obra de Willermoz, o quizá simplemente porque la masonería no les interesaba, continuaron, en contrapartida, dedicando una admiración y un apego apasionado por la obra de Martines de Pasqually. Luego, después del primer tercio del siglo XIX, el silencio es total: los documentos ya no dan ninguna información.

---

[61] Esta Gran Logia (de siglas G.L.R.R.) administra así mismo las logias del Rito francés y del Rito Escocés de Escocia que trabajan bajo los auspicios del Gran Priorato de las Galias.

¿Qué cabe pensar de todo ello? Según ciertos indicios, la Gran Profesión se ha perpetuado en el seno de varios Grandes Prioratos en el mayor de los secretos... Resulta difícil saber algo más, ya que, según la fórmula conocida, «aquellos que hablan de ella no lo son, aquellos que lo son no hablan».

Hemos heredado pues un edificio aparentemente truncado en su cumbre, que no es aquel que Willermoz, en tanto que «hábil arquitecto» había concebido, diseñado y elevado. Truncado en su cumbre: ¿acaso no es exactamente así como nos es presentada la columna que figura en el tablero de la Logia de aprendiz, con la divisa: *Adhuc stat*?



Pelicano en mandil Rosacruz
hecho en piel y bordado a mano.
Fabricación Guérin, finales del siglo XVIII
(Gran Oriente de Francia)

CONCLUSIÓN

En definitiva, ¿qué pensar de Willermoz y su obra? Su obra, en despecho de todo, sobrevive. Dos veces la hemos visto desfallecer, pero desaparecer nunca; primero durante la Revolución, después en mitad del penúltimo siglo; y las dos veces ha renacido de sus cenizas, tal como el fénix que es el emblema del Régimen rectificado.

Nosotros, los masones rectificados, vivimos en esta obra. Ella nos transmite una doctrina de la iniciación masónica, intrínsecamente ligada a la naturaleza y destino del hombre: su naturaleza originalmente gloriosa, su caída, y su destino final no menos glorioso que su origen. Doctrina en acuerdo con el cristianismo que le es connatural. Y es que, para este tipo de iniciación masónica, el cristianismo es una necesidad metafísica, lo que nos permite vivir *la plenitud del proceso iniciático en la plenitud de la fe*. Esto es un bien precioso, y, aunque sólo sea a ese título, Willermoz tiene derecho a nuestra gratitud.

También se la debemos por haber puesto en pie, con una tenacidad digna de admiración, este Régimen que es el nuestro, tan asombroso y sutilmente dispuesto; y por otro lado, por haber elaborado y redactado unos rituales de una gran fuerza, así como unas instrucciones de una riqueza inagotable para aquel que sabe estudiarlos y meditarlos.

La doctrina que los rituales e instrucciones nos transmiten no es de Willermoz, eso es cierto, y por otra parte él jamás lo pretendió; pero ha sabido expresarla admirablemente con una ciencia de exposición gradual, y con un asombroso talento pedagógico. Este talento estalla plenamente en Las Instrucciones a los Grandes Profesos de las que citaré solamente a título de ejemplo el principio:

> Si el hombre se hubiera conservado en la pureza de su primer origen, la iniciación nunca habría tenido lugar para él, y la verdad se ofrecería sin velo a su mirada, puesto que nació para contemplarla, y para rendirle un continuado homenaje. Pero después que desgraciadamente descendiera a una región opuesta a la luz, es la verdad misma que lo ha sometido al trabajo de la iniciación ocultándose a sus búsquedas [...].
>
> Esta primera iniciación, fundada sobre la degradación del hombre y exigida por la naturaleza misma, fue el modelo y la regla de aquella que establecieron los antiguos Sabios. La Ciencia de la que eran depositarios era de un orden muy superior a los conocimientos naturales, y no pudieron desvelarla al hombre profano sino después de haberlo fortalecido en la vía de la inteligencia y la virtud. Con este propósito sometieron a sus discípulos a rigurosas pruebas, y se aseguraron de su constancia y de su amor por la verdad, ofreciendo a su

inteligencia jeroglíficos o emblemas difíciles de entender. He ahí lo que hemos querido figuraros, mi querido Hermano, en los grados de la masonería, por medio de los trabajos alegóricos que os hemos exigido.

Así el hombre, que podría conocerlo todo si nada lo separara de la verdad, se encuentra sometido por su cuerpo a percibir solamente apariencias sensibles e ilusorias. Tiene facultades infinitas, pero se ve privado de los medios para hacer uso de ellas, al estar alejado de todos los seres verdaderos del universo sobre los que debería manifestarlas. De suerte que con un deseo irresistible de dominio y de disfrute, no ve alrededor suyo más que resistencias y límites, y que, en ese estado, todos los objetos que puede percibir son finitos y limitados, no encontrando ninguno adecuado a un ser que sólo puede contemplar lo infinito.

Ahora bien, si ninguno de los individuos de la Naturaleza no ha recibido del Creador más que facultades relativas y proporcionales a su rango en el universo, es difícil para aquellos que contemplan al hombre —sin prejuicio de no reconocer, conforme a las tradiciones religiosas— que el hombre no está en la actualidad en su lugar natural, y que las facultades espirituales divinas que en él se manifiestan, deberían ejercerse sobre seres superiores a las cosas materiales y sensibles, sin lo que sería el más inconcebible de los seres.

He ahí, mi querido Hermano, lo que debíamos deciros respecto a los derechos primitivos del hombre y su posterior degradación que lo hace indigno actualmente para acercarse al santuario de la verdad.

Esta doctrina, habiendo sido desde siempre la base de las iniciaciones, los Sabios que estaban perfectamente instruidos sobre ella, pusieron un especial cuidado en enseñarla a sus discípulos, como podemos ver por la

gran cantidad de lustraciones y purificaciones de todo género que exigían de los iniciados; y sólo después de haberlos preparado de ese modo les descubrían el único camino que puede conducir al hombre a su estado primitivo y restablecerlo en los derechos que había perdido. He ahí, mi querido Hermano, el verdadero, el único objetivo de las iniciaciones.

Desde hace largo tiempo, la manera utilizada para hablar de Willermoz —y eso cuando se ha hablado de él— ha sido tomando un tono condescendiente y protector e incluso sarcástico y denigrante. «¿Quién?, ese comerciante, ese tendero, que se enmaraña con el esoterismo, la metafísica (por otra parte a menudo bautizado de ocultista o místico —sin contar con otras palabras malintencionadas) ¡Ese no entiende nada!; ¡no puede comprender ninguna cosa! No trata más que de «elucubraciones», «fantasmas», «quimeras», etc.» Podemos encontrar este tipo de apreciaciones poco agradables bajo la pluma de Paul Vuilliaud (*Les Rose-Croix lyonnais et les secrets de la Franc-maçonnerie*) e igualmente de René Le Forestier (*La Franc-Maçonnerie templière et occultiste*), en tanto que Pierre Chevallier (*Histoire de la Franc-maçonnerie française*) habla de él como un «místico a destajo».

Otros autores, si son Masones, no son «rectificados» y no se muestran aptos para aprehender desde su interior, por así decirlo, la altura y la extensión tanto de sus concepciones como de sus realizaciones. Por poner un ejemplo, ese es el caso de Paul Naudon, que fue un efímero Gran Prior de las Galias que se mantuvo siempre extraño a lo que es el «espíritu» del Régimen Escocés Rectificado. En su estimable librillo de la colección «Que sais-je?» (¿Qué sé yo?) dedicado a la Francmaso-

nería (8ª edición 1982, PUF), podemos leer esto: «Willermoz..., hombre de buen entender más que de espíritu brillante, fue discípulo de Martínez de Pasqually y de Louis Claude de Saint-Martín[62]. Menos dotado que ellos para la iluminación interior y la meditación, más capaz de juzgar los hechos que las ideas, tenía el apasionado deseo de alcanzar los arcanos supremos disimulados bajo el simbolismo masónico, etc.» (pág. 100).

Alice Joly, al término de su obra ya citada (cuyo título, que se nos perdone, nos parece un poco simplón), que ofrece una biografía detallada y más bien simpática, cuando no comprensiva, de Willermoz, siente como una cierta timidez al haberle dedicado tantas páginas, y comenta así sus impresiones: «A contar por el número de libros que se han escrito sobre estas cuestiones, me pregunto si este interés no estará desproporcionado, casi tanto como el largo trabajo que acabo de escribir sobre este curioso hombre. Ya que no fue ni un filósofo original, ni un místico bien dotado; no es ni visionario, ni mago; sus experiencias, son más válidas por su variedad y cantidad que por su calidad. Lamentaría haberle acompañado tan complacientemente a lo largo de su obstinada búsqueda del secreto de la francmasonería, si no lo hubiera hecho con tanta curiosidad y tanto afecto».

Por tanto, se empiezan a olvidar esos prejuicios y a cambiar de opinión. Con ese motivo tendré el placer de citar a Antoine Faivre, eminente especialista universitario en cuestiones de hermetismo y de esoterismo, al mismo tiempo que uno de los mejores conocedores del

---

[62] Lo cual es falso: Willermoz no ha sido nunca discípulo de Saint-Martin.

interior del Régimen Escocés Rectificado y su interior: «Podemos decir que él [Willermoz] alcanza un alto grado de espiritualidad y que su amplitud de miras es poco común. Se muestra dotado tanto para la meditación como para la iluminación interior —el retomar aquí los términos de Naudon no es fortuito—[63] como para la organización o la administración. La Revolución estuvo a punto de ser fatal para su obra; pero aun así se le ha considerado siempre como uno de los más grandes personajes de la historia masónica, etc.»[64]

Para el autor de estas líneas, la duda no está permitida. Willermoz es un patriarca de la Masonería, y no tanto a causa de su excepcional longevidad, sino porque ha jugado para la Masonería el mismo papel que, para el pueblo elegido, los patriarcas bíblicos.

Hablar de Jean-Baptiste Willermoz es hablar de un masón de una envergadura excepcional, de los que no se encuentran muchos en un siglo. Es, sin lugar a dudas, una de las personalidades más eminentes y más considerables de la historia de la Masonería (sobre todo de la masonería francesa, aunque no únicamente de ella) y que ejerció sobre su evolución una influencia determinante. Verdadero padre fundador del Régimen Escocés Rectificado, fue el arquitecto en jefe de un edificio que aún subsiste firmemente a pesar de sorprendentes vicisitudes. Iremos incluso más lejos. Al descubrir el texto de su gran intervención en la sesión del 29 de julio de 1782 del convento de Wilhelmsbad, hemos quedado realmente sorprendidos ante su fuerza metafí-

---

[63] Confidencia de A.F. al autor.

[64] *L'Esoterisme au XVIIIème siècle en France et en Allemagne*, Paris, Seghers, 1973, p. 176.

sica verdaderamente fuera de lo común —la cual se puede volver a encontrar en otras numerosas exposiciones, que desgraciadamente han quedado inéditas o confidenciales—. De entre los escritores masónicos del siglo XVIII que nosotros conocemos, podemos decir sin vacilar un instante que es el único escritor metafísico, el único que desarrolla una concepción metafísica, es decir puramente espiritual y esotérica, y no solamente moral o social de la Masonería. Una concepción que contempla al hombre como un todo: su pasado, su presente y su porvenir, porque es relativa al ser del hombre, es una concepción *ontológica*. Una concepción que abraza la totalidad de los tiempos de principio a fin, y que se anticipa a Guenon —¡nada menos!— en tanto que comporta la idea de una Revelación primitiva salida de una Iniciación primordial, de la que la iniciación masónica no es más que una modalidad: idea a su vez expuesta por Joseph de Maîstre en la noción de «cristianismo trascendente» y que expresa así en su *Memoria al Duque de Brunswick*:

> La verdadera religión tiene más de dieciocho siglos: nació el día en que nacieron los días. Remontémonos al origen de las cosas, y demostremos por una filiación incontestable que nuestro sistema aporta al depósito primitivo los nuevos dones del Gran Reparador.

(*Mémoire au duc de Brunswick*, pág. 97; recordemos, que el «Gran Reparador» es la denominación martinesista de Cristo).

Finalmente, y para terminar con la herencia de Willermoz, nos ha legado dos soberbias aves. ¿Dos aves? Sí, efectivamente: el Pelícano y el Fénix, símbolos respectivamente del grado Rosa Cruz (si es cierto que él

fue su autor) y del Régimen Escocés Rectificado. Y sabemos que, tradicionalmente, ambos simbolizan el Cristo, el primero en su amor que llega hasta el sacrificio de sí mismo, y el segundo en su resurrección e inmortalidad.

RETRACTATIO

...en el sentido latino del término, es decir «revisión», «corrección».

He dejado subsistir este final en fanfarria ya que nos venía bien, sonaba bien... Pero, desgraciadamente para la estética, ella es, lo he sabido ahora, una de estas «falsas ventanas para la simetría» que denunciaba Pascal. En efecto, el profesor Jan Snoek ha demostrado, con documentos en la mano, que el grado de Rosa-Cruz, en su versión hyper-cristiana, es muy anterior a los trabajos de Willermoz, puesto que los primeros rituales de los que se tiene noticia se remontan a 1760 (ritual de Estrasburgo) y 1763 (ritual del marqués de Gages). Ambos han sido escogidos por otra parte como base para los rituales Rosa-Cruz al uso en el Gran Priorato de las Galias.

Estos rituales «primitivos» tienen sin embargo todas las probabilidades de haber sido los puestos en práctica por Willermoz y sus hermanos en su capítulo del Águila Negra. Resulta un consuelo podernos decir que trabajamos en esto también en la continuidad de nuestro fundador.

ANEXO I

CARTA DESCONOCIDA DE HENRI DE VIRIEU

Archivos de la Orden de los Francmasones Daneses, Copenhague
Cote F II vol. 10 d

Carta de Henri de Virieu (*Henricus a Circulis*) a Charles de Hesse (*Carolus a Leone Resurgente*)

(extractos)

Encargado por el colegio metropolitano de Lyon de hacer pasar a Su Alteza Serenísima el depósito de las instrucciones y reglamentos de los profesos y grandes profesos para hacérselos conocer al Serenísimo Gran Superior...

...los recibió poco después, pero sin duda demasiado tarde para la reunión prevista entre Charles de Hesse y Ferdinand de Brunswick:

Si V.A.S.[65] se encontraba ante la imposibilidad de cumplir personalmente con él las formalidades prescritas, hubiera querido pasarle a este príncipe las fórmulas de compromiso con el cuaderno de estatutos y reglamentos, y cuando estas fueran firmadas al igual que los estatutos, comunicarle las instrucciones.

[65] Vuestra Alteza Serenisima.

Pide perdón por estas formalidades pero «sus AA.SS.[66] [...] saben en cuanto es esencial no exponer la verdad a la profanación y es por ello que las reglas deben ser seguidas con la mayor exactitud que sea posible porque ellas son generales para todos.

A propósito del «querido y Respetable Hermano ab Eremo»:

Debo a este querido hermano y amigo el haberme abierto los ojos a las luces inefables que son mi felicidad y mi consuelo. Se encuentra en la desgracia; esas dificultades le impiden poder ponerse a las órdenes de V.A.S. y del S. Gran Super.[67]

Se trataba de la conferencia prevista en Hamburgo entre Charles de Hesse, Ferdinand de Brunswick y Willermoz para preparar el convento de Wilhelsmbad. Willermoz no pudo presentarse, y tampoco pudo decir los motivos. Virieu los expone en su lugar, pidiendo a Charles de Hesse «el más profundo secreto sobre lo que voy a tener el honor de confiaros respecto a cualquier otro que no sea el S.G. Sup.»

El H. ab Eremo dejado sin fortuna por sus padres, encargado de la educación y mantenimiento de una familia numerosa encontrándose una parte de la misma en la primera infancia, se dedicó al comercio. Estando a la cabeza de una manufacturera bastante considerable, tan solo aspiraba a ganarse la vida honestamente y continuar el sostenimiento de su familia, que no podía prescindir de él, no pudiendo dejar el comercio, que la razón y la necesidad le hacían continuar desde que ad-

[66] Altezas Serenísimas.
[67] Serenísimo Gran Superior, es decir Ferdinand de Brunswick.

quirió los sublimes conocimientos cuyos deberes son tan poco compatibles con los cuidados temporales perpetuos que entraña su estado. Después de diversos éxitos brillantes fruto de su inteligencia y probidad, pero cuyas frecuentes quiebras sufridas, le impedían siempre aprovechar, entrevió finalmente el término de sus esperanzas y veía llegar el momento de poder dejar el comercio, cuando hace poco más de dos años una súbita revolución en los precios de las sedas que cayeron más de un tercio en el preciso momento en que su fábrica, encontrándose en pleno progreso, más carga de trabajo tenía, trastocaron sus esperanzas; sucesivas bancarrotas continuaron destruyendo sus medios económicos, y como colofón nuevas desgracias sucedidas hace algunos meses acabaron por aniquilar sus facultades, no quedándole otra salida que tener que volcarse de nuevo en el comercio. Habiendo aliviado su corazón confiándome solamente a mí sus aflicciones, durante un viaje que hice este otoño a Grenoble siguiendo mi servicio militar para los asuntos de ésta encomienda, me ocupé de buscarle los medios que le procuraran un estado menos apremiante que el suyo y le dieran una honesta holgura: pero de vuelta a Lyón me encontré que acababa de renovar una sociedad de comercio que hacía inútil mi buena voluntad. Bien es cierto que esta sociedad sólo tendrá sus efectos que en el caso que no logre en el término de poco más de un mes el completar la parte de fondos convenida. Si no lo consigue, se quedará sin recursos. Aquellos que tenían fondos en su primera sociedad, conociendo su ánimo y honestidad no han dudado en renovarlos. Él por su parte, siente que ésta confianza lo obliga todavía a mayores esfuerzos por responder a la misma. El viaje propuesto no podía llevarse a cabo en estas circunstancias sin que abandonara su fábrica cuando ésta precisaba del mayor

de los cuidados que deberán prolongarse durante bastante tiempo, habida cuenta que las circunstancias y la estación del año en que nos encontramos los hacen infinitamente preciosos, y cuyo abandono sería tanto como traicionar la confianza de sus asociados. Es en esta situación que ha recibido las cartas por las que V.A.S. y el S.G.S. lo invitan a una conferencia en Hamburgo... [...] entrevista cuyos resultados deberían haber sido para la Orden y para toda la humanidad de una importancia y utilidad inapreciables.

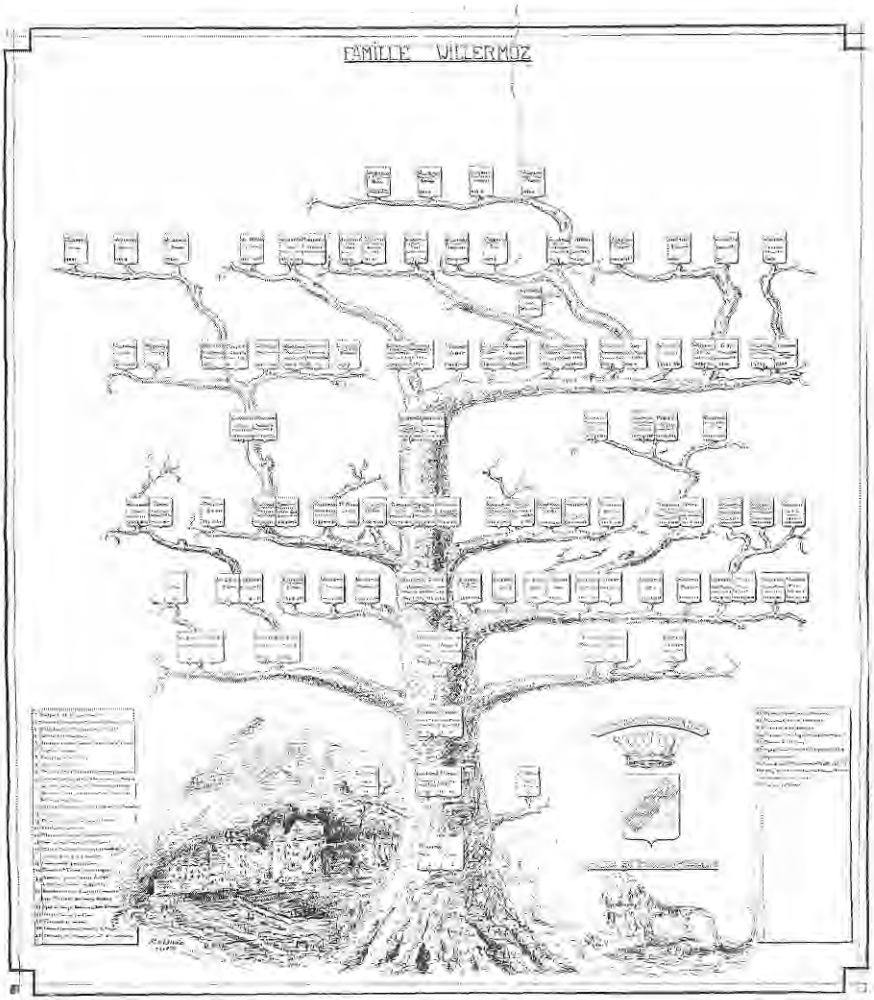
Virieu sugiere a Charles de Hesse que le proponga a Willermoz, «por ejemplo venirse a París», anunciándole escribir en ese mismo sentido a Ferdinand de Brunswick.

Virieu escribía a espaldas de Willermoz el cual no se atrevió «a hacerlo él mismo por temor a que pareciera pedir socorro por ello». Virieu no tiene «las mismas razones de delicadeza».

Mi más íntimo sentimiento, el cuál no dejará nunca de serlo, es el de cooperar con mis Superiores, como hacen ustedes, en todo lo que en mi inferioridad en todos los aspectos pueda permitirme ocuparme útilmente para el bien de una Orden fundamentada en el amor por la humanidad, el respeto por el Ser supremo y el amor de ésta verdad eterna que me ha permitido comenzar a contemplarla.

(firmado)
El marqués de Virieu,
segundo maestre de campo del Regimiento
de infantería del Señor
Dictus in Ordine Henricus a Circulis
Comandante. Gratianopolitanus
en el hotel de Rohan Chabot calle
de Varenne en París, este 14 del 9° de 1780

ANEXO II
ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA WILLERMOZ



BIBLIOGRAFÍA

1) SOBRE EL ILUMINISMO Y EL ESOTERISMO EN EL SIGLO VIII

Actas del coloquio internacional *Lumières et Illuminisme*, Cortone, 3-6 Octubre 1983 (Pacini, Pisa, 1984).

Las obras de Antoine Faivre:

L'Esotérisme au XVIIIème siècle en France et en Allemagne (Seghers, 1973).

Varios capítulos en:

Accès de l'ésotérisme occidental (NRF), 1986.

Sobre el mismo tema, especialmente:

Kirchberger et l'illuminisme du XVIIIème siècle (Nijhoff, La Haya, 1960).

Eckarsthausen et la théosophie chrétienne (Klincksieck, 1969).

Auguste Viatte, *Les Sources occultes du Romantisme: illuminisme et théosophie*, 1770-1820 (Champion, reedición 1979).

2) SOBRE LA FRANCMASONERÍA EN EL SIGLO XVIII

La Franc-Maçonnerie, nº 19 de la revista *Siglo Dieciocho* (Especialmente el artículo de Ludwig Hammermayer, *La crise de la Franc-Maçonnerie européenne et el convent de Wilhelmsbad).*

Pierre Chevallier, *Histoire de la Franc-Maçonnerie française*, Tomo 1: 1725-1799 (Fayard, 1980).

André Kervella, *Les rois Stuart et la Franc-Maçonnerie* (Bréti-gnolles-sur-Mer, Editions Ivoire-Clair, 2013).

Gustave Bord, *La Franc-Maçonnerie en France des origines à 1815*, Tomo 1 único tomo aparecido: *Les ouvriers de l'idée révolutionnaire* (1688-1771), (1908, reedición Slatkine, 1985). (Historiador hostil a la Francmasonería a consultar con precaución ya que, a menudo, no indica sus fuentes. Documentos sin embargo interesantes).

Documentos igualmente en:

La Franc-Maçonnerie française, textes et pratiques, presentación

de Gerard Gayot (colección Archives Gallimard-Julliard, 1990).

Daniel Ligou, *La Franc-Maçonnerie* (Documents Histoire, PUF, 1977)

Consultar también:

Albert Ladret, *Le Grand siècle de la Franc-Maçonnerie: la Franc-Maçonnerie lyonnaise au XVIIIème siècle* (Dervy-Livres, 1976). (Estudio de historia local fundamentado sobre documentos de archivo, pero que su comentario es muy pobre).

3) SOBRE LA FRANCMASONERÍA ESOTÉRICA

René Le Forestier, *La Franc-Maçonnerie templière et occultiste au XVIIIème et XIXème siècles*, publicado con añadidos y un apéndice por A. Faivre (Aubier - Montaigne, 1970, reeditado por la Table d'émeraude, 1987).

Antoine Faivre, *L'Esotérisme au XVIIIème siècle* (op. cit.).

Estas dos obras cubren el conjunto de la cuestión, y comprenden los temas más específicos a continuación. No las citaremos en cada ocasión.

Documentos en:

Steel-Maret, *Archives secrètes de la Franc-Maçonnerie* (1893-1896, reedición Slatkine, 1985.

4) SOBRE WILLERMOZ Y SU GRUPO

Paul Vulliaud, *Les Rose-Croix Lyonnais au XVIIIème siècle* (Nourry, 1929, reedición Archè, Milan, 1987).

Alice Joly, *Un mystique lyonnais et les secrets de la Franc-Maçonnerie, 1730-1824* (Protat, 1938, reedición Demeter, 1986).

Gérard van Rijnberg, *Episodes de la vie ésotérique, 1780-1824. Extraits de la correspondance inédite de J.B. Willermoz, du Prince Charles de Hesse-Cassel et de quelques-uns de leurs contemporains* (Derain, 1948, reedición «Les introuvables» Ed. d'Aujour-d'hui).

Jules Keller, *Le Théosophe alsacien Frédéric-Rodolphe Saltzmann et les milieux spirituels de son temps. Contribution à l'étude de l'illuminisme et du mysticisme à la fin du XVIIIème siècle et au début du XIXème siècle* (Peter Lang, Berne, 1985).

Consultar también: Joseph de Maïstre, Oeuvres II, *Ecrits maçonniques de Joseph de Maistre et de quelques-uns de ses amis francs-maçons* (Slatkine, 1983). (Podemos encontrar allí la *Mémoire au duc de Brunswick*, así como dos cartas de Willermoz sobre la doctrina de Martines de Pasqually).

5) SOBRE MARTINES DE PASQUALLY Y LA ORDEN DE LOS ELEGIDOS COENS

Traité de la Réintégration des êtres créés dans leurs primitives propriétés, vertus et puissances spirituelles divines, versión original editada por primera vez, confrontada con la versión publicada en 1899, acompañada del cuadro universal, precedida de una introducción y de documentos inéditos por Robert Amadou (Robert Dumas, 1974).

Traité sur la Réintégration des êtres dans leur première propriété, vertu et puissance spirituelle divine, primera edición auténtica de acuerdo al manuscrito de Louis-Claude de Saint-Martin, establecida y presentada por Robert Amadou (Le Tremblay, Editions rosicruciennes, collection martiniste, 1995).

Antoine Faivre, *Les conférences des Elus Coens de Lyon (1774-1776) aux sources du Rite Ecossaiss Rectifié*, con 4 estudios (Ed. du Baucens, 1975).

Robert & Catherine Amadou, *Les Leçons de Lyon aux Elus Coëns, un cours de martinisme au XVIIIe siècle, par Louis-Claude de Saint-Martin, Jean-Jacques Du Roy d'Hauterive, Jean-Baptiste Willermoz*, primera edición completada de acuerdo a los manuscritos originales, nueva edición revisada y corregida (París, Dervy, 2011) (mismo documentos que las *Conferencias*, etc. pero más completos).

René Le Forestier, *La Franc-Maçonnerie occultiste au XVIIIème siècle et l'Ordre des Elus Coens*. Con cuatro esquemas reconstituidos del cuadro del mundo primitivo y de trazados de las invocaciones (Dorbon, 1928, reedición La Table d'Emeraude, 1987).

Gérard Van Rijnberg, *Un thaumaturge au XVIIIème siècle, Martinez de Pasqually, Sa vie, son oeuvre, son Ordre*. Tomo I, Al-

can, 1935; Tomo II, Derain, 1938 - reedición «Les Introuvables» Ed. d'Aujour-d'hui, 1980).

Franz Van Baader *Les Enseignements secrets de Martinez de Pasqually, précédés d'une Notice sur le martinézisme et le martinisme* (Chacornac, 1900, reedición Télétès, 1989).

Consultar también:

Papus, *Martinez de Pasqually, sa vie, ses pratiques magiques, son oeuvre, ses disciples,* seguido de *Catéchismes des Elus Coens,* ampliación de *Martinézisme, Willermozisme, Martinisme et Franc-Maçonnerie* (Chamuel, 1895 y 1899, reedición Demeter, 1986). (A utilizar con precaución).

René Guénon, *Etudes sur la Franc-Maçonnerie et le Compagnonnage,* reedición Editions Traditionnelles):

Tomo I: *Un nouveau livre sur l'Ordre des Elus Coens* (a propósito de la obra de Le Forestier, op. cit.).

A propos des «Rose-Croix Lyonnais» (La obra de P. Vulliaud, op. cit.).

L'énigme de Martinez de Pasqually (a propósito de la obra de G. Van Rijnberg, op. cit. Muy importante).

Tomo II: *Quelques documents inédits sur l'Ordre des Elus Coens.* (Se trata de las conferencias de Lyon editadas más tarde por A. Faivre).

Robert Amadou, *Martinisme* (Documentos martinistas nº 2). Capítulo 1º: *Martinez de Pasqually et l'Ordre des Elus Coens;* (Documentación erudita puesta al día).

6) SOBRE LA ESTRICTA OBSERVANCIA

Esencialmente la obra ya citada de Le Forestier, *La Franc-Maçonnerie Templière, etc.*

Jean-François Var, *La Stricte Observance* (Trabajos de la logia nacional de estudios Villard de Honnecourt, Nº 23, 2ª série, 1991).

Consultar también R. Amadou, op. cit. capítulo II: *Le Rite Ecossais Rectifié.*

A destacar también en René Guénon, *Etudes,* etc. (op. cit. supra)

Tomo II: *La Stricte Observance et les Supérieurs inconnus. A propos des Supérieurs inconnus et de l'astral.*

7) SOBRE EL CONVENTO DE LAS GALIAS

Actes du Convent national des Gaules tenu à Lyon (1778) editadas con una introducción de Edmond Mazet, en los Trabajos de la Logia nacional de estudios Villard de Honnecourt nº 11, 2ª serie (1985), reeditadas sin la introducción en los *Cahiers Verts*, número Hors Série *Les Convents du Régime Ecossais Rectifié* (Editions du Simorgh por cuenta del Gran Priorato de las Galias, 2005).

8) SOBRE EL CONVENTO DE WILHELMSBAD

Las Actas del Convento General tenido en Wilhelmsbad (protocolos y documentos anexos) fueron editados en 1782. Hemos divulgado algunos extractos significativos de las mismas y otros están en curso de aparición en los Cahiers Verts, boletín interior del Gran Priorato de las Galias:

Nº 7 y 8: *Préavis du Fr. ab Eremo (Willermoz), Grand Chancelier de la*

IIème Province (...) sur la question concernant la légitimité de la filiation de l'Ordre du Temple avec notre système actuel, et quel sera le système futur de l'Ordre.

Nº 9: *Préavis du Sérénissime et Révérentissime Fr. a Leone Resurgente*

(= Charles de Hesse).

Cf. igualmente el nº 8: 4 lettres de Willermoz (entre las cuales 3 a Charles de Hesse).

Discours qu'a tenu le Grand Supérieur de l'Ordre et Grand Maître de toutes les Loges et Loges Ecossaises unies (= Ferdinand de Brunswick *le 31 juillet 1782).*

9) SOBRE LA GRAN PROFESIÓN

Robert Amadou, op. cit., capitulo III in fine.

Consultar también:

Jacques Fabry, *Johann Friedrich Von Meyer (1772-1849) et la FRanc-Maçonnerie mystique*, en los Trabajos de la logia nacional de estudios Villard de Honnecourt Nº 8 al 11 (von Meyer

explica e ilustra la supervivencia en Alemania de una Gran Profesión desconectada de la Francmasonería).

10) SOBRE EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

Jean-François Var, *L'Essor du Phénix, Jean-Baptiste Willermoz et la naissance du Régime Rectifié* (Trabajos de la logia nacional de estudios Villard de Honnecourt, N° 19, 2° serie, 1989).

Id. *L'Esotérisme chrétien et le Régime Ecossais Rectifié* (in : Trabajos de la logia nacional de estudios Villard de Honnecourt, N° 31, 2ª serie, 1995).

Id. *La Franc-maçonnerie à la Lumière du Verbe. Le Régime écossais rectifié*, (París, Éditions Dervy, 2013).

Roger Dachez & Jean-Marc Pétillot, *Le Rite Ecossais Rectifié* (París, Presses universitaires de France, colección «Que sais-je ?», 2010).